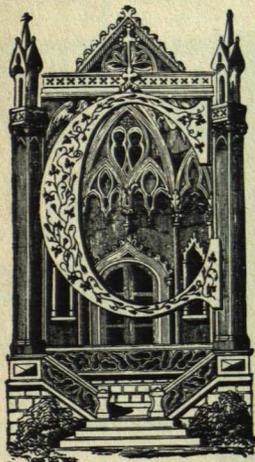


RELACIONES EXTERIORES DE VENEZUELA

Segundo período.—GOBIERNO DE COLOMBIA

Antecedentes—Errada diplomacia de España en los congresos de París y Viena—La Santa Alianza—Revolución liberal en España—Las Cortes de 1821—Congreso de Verona—Manejos de la Gran Bretaña—Confidencias de Canning—«La América española será inglesa»—Mensaje de Monroe—Sus consecuencias—Reconocimiento de Colombia por los Estados Unidos y la Gran Bretaña—Relaciones comerciales con las Ciudades Aseáticas, los Países Bajos y Francia—Relaciones con la Santa Sede—Tratados con las otras Repúblicas de América—Congreso de Panamá—El equilibrio americano—Ideal de Bolívar.



UANDO España reconoció la independencia de los Estados Unidos (1783), hubo un ministro de genio, el conde de Aranda, tan experto estadista como hábil diplomático, el cual previó la influencia que debía ejercer la nueva República en el destino de toda la América, y aconsejó á su rey que se desprendiese de sus posesiones de las Indias Occi-

dentales conservando únicamente las islas de Cuba y Puerto Rico y alguna otra como escalas ó factorías para el comercio, y colocase á tres Infantes en América, uno de rey de México, otro del Perú y el tercero de Costafirme, tomando el rey de España el título de emperador. No hubo oídos entonces para tan prudente insinuación. Años después, en 1806, Carlos IV consultó con el arzobispo de Tarragona un proyecto análogo, en virtud del cual el rey establecería en diversos puntos de América á sus dos hijos menores, á su hermano, á su sobrino el Infante Don Pedro y al Príncipe de la Paz, con títulos de virreyes perpetuos y la obligación de pagar un tributo y acudir con tropas y navíos donde se les dijese; pero el arzobispo opinó, que «era de temer que los agraciados olvidasen el beneficio, y especialmente sus descendientes, que tal vez codiciosos de la independencia intentarían sacudir el yugo feudal que sus progenitores abrazaron gustosos, y mucho más si nuevos enlaces ó otras miras políticas les aficionasen á otros soberanos, en cuyo caso solas las armas serían quien decidiesen.....» Con lo que se frustró para siempre la idea de Aranda, y quedaron las Indias Occidentales á la merced del destino que les tocase en la universal revolución de la época. (1)

La errada diplomacia que empleara el gobierno español desde 1810, lo mismo en los asuntos europeos que en los trastornos de sus colonias, disminuyó en gran parte el peligro que amenazaba á las nacientes Repúblicas de América. Por el tratado cele-

brado en París el 30 de mayo de 1814 entre Francia, España, la Gran Bretaña, Austria, Rusia, Prusia, Portugal y Suecia, se convino que las grandes cuestiones europeas se debatirían en un próximo congreso general, congreso que se instaló en Viena el 1º de noviembre del propio año y del cual salió (acta de 9 de julio, 1815) la *Santa Alianza* entre las potencias de primer orden para modificar la geografía política de Europa y auxiliarse mutuamente en sostener sus prerrogativas dinásticas de derecho divino. España representó en el congreso un papel secundario, sea por incapacidad de sus agentes, ó bien por un error de táctica, y no adhirió á las estipulaciones de la Alianza hasta 1817. No cejó sin embargo en su pretensión de influir en la solución de los más graves problemas europeos ni en la de atacar al propio tiempo el progreso de la revolución americana, aunque sin variar y antes agravando su tradicional sistema de absolutismo religioso y político. El *Pacificador* Morillo impuso á Venezuela la paz de las cárceles y del patíbulo, y en Nueva Granada empezó restableciendo la Inquisición. Ambos países continuaron la lucha hasta triunfar de los españoles en Boyacá y en Carabobo.

Sustituido momentáneamente en España el sistema absoluto con el régimen constitucional por la revolución de 1820, las Cortes de 1821 acordaron enviar comisionados á Ultramar á oír las proposiciones de paz de las antiguas colonias, siempre que no tuviesen por base la independencia, y aun hubo en aquellas Cortes quien propusiese el establecimiento de una confederación de las Repúblicas americanas y de España, que tendría á su cabeza á Fernando VII con el título de Protector; pero una y otra cosa eran ya inaceptables en la América libre.

En el congreso de Verona (1822), Austria, Francia, Prusia y Rusia celebran un tratado para oponerse al movimiento liberal que progresaba en España y que contradecía los principios de la Santa Alianza. (De paso es curioso observar cómo España, la tierra clásica del despotismo y de la intolerancia, representa por un instante á la civilización moderna, y cómo Francia, que había sido el foco de la revolución democrática, recoge la bandera del antiguo régimen). Inglaterra, más hábil y más práctica, conserva las manos libres para aprovecharse del conflicto en favor de sus intereses mercantiles de Ultramar, y hasta se ofrece como mediadora entre los gobiernos francés y español,—puerta de salvación que no ve tampoco entonces la diplomacia de Madrid, prefiriendo el riesgo de la invasión extranjera que no tardó en realizarse.

En el propio año del congreso de Verona, el gran ministro inglés Canning escribía al embajador del rey en la corte española: «Nuestra dificultad viene del doble carácter con que España se presenta en Europa y en América; luchando aquí por su independencia (contra los franceses) y ejerciendo allá una tiranía y asumiendo un tono de arrogancia que no pueden tolerarse; proponiendo nuevos lazos de amistad aquí y prohibiendo allá nuestro acostumbrado comercio; tendiendo á la caridad su mano europea y metiendo su mano americana en nuestros bolsillos. Esta dificultad será mayor si del congreso resulta, como lo hacen prever todos los rumores de Verona y de París, un estado de cosas que no sea la guerra ni la paz, pero que tienda á la guerra entre Francia y España..... No está en nuestro poder evitarla, á no ser que España quiera pronto, inmediatamente, hacernos justicia. Que España mande órdenes sin tardar á sus gobiernos de Puerto Rico y Puerto Cabello (2) (á

Cuba espero que se habrán enviado ya órdenes estrictas), y á sus comandantes navales en las Indias Occidentales para que ejecuten los proyectos á que se destina nuestro armamento.» Poco después el gobierno británico amenaza á España con abandonarla á su propia suerte en Europa y permanecer neutral en las contiendas de América, si no favorece sus intereses comerciales en las Antillas; actitud que se explica por la contradicción esencial que existía entre el sistema mercantil de la monarquía española y el de la Gran Bretaña. Donde aquélla ponía trabas y creaba monopolios, ésta fomentaba la prosperidad de la metrópoli y de sus colonias con franquicias liberales y mercados abiertos á la concurrencia universal, sistema en que fundó y con el cual mantuvo su preponderancia marítima durante todo el siglo XIX.

No evitó sin embargo España la invasión francesa (1823), y la actitud de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos debió ya desvanecer sus últimas esperanzas de desquite en las Indias Occidentales. Comprendió el gabinete de Londres que la cuestión de la América española quedaba resuelta á favor de las nuevas Repúblicas desde luego que la metrópoli rechazara el plan de establecer allí dos ó más principados dependientes de su propia corona, único medio entonces de atajar, siquiera momentáneamente, la revolución democrática; comprendió sobre todo Canning que el mejor partido para el comercio inglés era reconocer á aquellas Repúblicas, y así lo propuso al rey en julio y diciembre de 1824. «Las relaciones, le decía en un memorándum, entre el gobierno de los Estados Unidos y los gobiernos de México y Colombia han progresado y se han consolidado en los últimos años. El Estado de Colombia acreditó en los Estados Unidos un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, y por el último correo de Washington sabemos la llegada allí de un enviado igual de México, Estado donde, más especialmente por su situación local, ha de esperarse que la influencia del gabinete de Washington aumente en progresión rápida.» Convino el rey en el reconocimiento, y Canning escribió con aire de triunfo el 17 de diciembre al embajador en París, Lord Granville: «La América española es libre; y si no manejamos mal nuestros negocios, ella es inglesa!»

No contó empero el gran ministro, para moderar su grito triunfal, con las consecuencias de la declaración que el Presidente de los Estados Unidos había hecho un año antes. El 2 de diciembre de 1823, el Presidente Monroe dirigió al congreso el célebre mensaje en que se lee: «En las guerras de las potencias europeas sobre asuntos concernientes á ellas mismas no hemos tomado nunca parte alguna, ni conviene á nuestra política hacerlo. Sólo en el caso de ver atacado ó seriamente amenazados nuestros derechos, nos resentimos de la sinrazón ó nos preparamos á la defensa. Con los sucesos de este hemisferio estamos por necesidad más inmediatamente relacionados, y ello por causas obvias para todo observador instruido é imparcial. A este respecto el sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto del de América. Esta diferencia nace de la que existe entre sus respectivos gobiernos; y toda la nación americana es fiel en defender su propio gobierno, que se ha constituido con la pérdida de tanta sangre y riquezas, que se ha consolidado por la prudencia de sus mejores ciudadanos, y bajo el cual hemos gozado de una felicidad sin ejemplo. La sinceridad y las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y aquellas potencias, nos obligan pues á declarar que toda tentativa de su parte á extender su sistema á una porción cualquiera de este hemisferio, la con-

(1) En Colombia, el principio monárquico reapareció en dos ocasiones como medio de evitar la anarquía; la primera vez en Caracas (1825) con la forma cesarista, y la segunda en Bogotá (1829) con la forma constitucional. Bolívar rechazó aquélla, y puso obstáculos á la realización de la otra. El lector que tome interés en este género de estudios puede ver la serie de artículos que publicamos en *El Tiempo* (febrero á abril de 1901) con el título de *Orígenes del derecho constitucional de Venezuela*.

(2) Puerto Cabello permaneció en manos de los españoles hasta 1823.



NAPOLIS: Avenida de Chiujá

sideraríamos como peligrosa para nuestra paz y seguridad. Respecto de las colonias ó dependencias actuales de las potencias europeas no hemos intervenido ni intervendremos. Pero en lo tocante á los gobiernos que han declarado su independencia y mantenídola, independencia que hemos reconocido después de madura reflexión y de acuerdo con principios justos, veríamos toda ingerencia de las potencias europeas con el propósito de oprimirlos ó dominar de cualquier modo su suerte, como la manifestación de una actitud hostil hacia los Estados Unidos (3).» Esta declaración sirvió ya de in-

quebrantable fundamento á la política internacional de los Estados Unidos, oponiendo claramente al sistema monárquico europeo el sistema republicano de la América y haciendo imposible la reconquista de las antiguas colonias españolas.

Canning, á pesar de haber trabajado por hacerlas inglesas, según su propia confesión, se preció de haber inspirado la declaración de Monroe. El 31 de diciembre de 1823 escribía confidencialmente al embajador inglés en Madrid, que aquella declaración era el golpe de gracia al congreso de Verona, y agregaba: «Cuando yo vacilaba en setiembre acerca de la forma que debía darse á la declaración y protesta, (sobre las resoluciones del congreso que la Gran Bretaña no aceptó), inquirí de Mr. Rush, ministro americano aquí (Londres), cuáles eran sus instrucciones y disposición para adherir á cualquier medida que pudiéramos tomar con el fin de evitar una empresa hostil de las potencias europeas contra la América española. No tenía él instrucciones; pero habría tomado sobre sí el juntarse con nosotros si empezábamos por reconocer á los Estados hispanoamericanos. Esto no podíamos hacerlo, y en consecuencia procedimos solos. Pero

no me queda duda que el informe que dirigió á su gobierno sobre aquel paso mío, que él consideró probablemente como una insinuación, tuvo gran parte en determinar las explícitas declaraciones del Presidente.»

La actitud de los Estados Unidos obligó á las potencias europeas á desistir de toda intervención en Sudamérica. Rusia misma, que en años anteriores había apoyado las pretensiones de España, cambió al fin de miras diplomáticas, y el Presidente John Quincy Adams pudo decir al congreso en su mensaje de 1826, que las relaciones amistosas del gobierno de Washington con el emperador de Rusia habían contribuido á fijar la política según la cual no quedaba á las potencias europeas otra alternativa sino reconocer tarde ó temprano la independencia de las Repúblicas del Sur, á ejemplo de los Estados Unidos.

Estos reconocieron á Colombia como Estado soberano en 1822, y en 1824 se firmó en Bogotá un tratado de paz, amistad, comercio y navegación que fue ratificado en 1825.

La Gran Bretaña reconoció oficialmente á Colombia en enero de 1825, y en abril de este año firmaron los plenipotenciarios de ambos Estados un tratado de amistad, comercio y navegación que fue ratificado el 26 de mayo.

Las ciudades libres de Hamburgo y Bre-

European power, in any other light than as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States.

(3) Tanto se ha comentado la declaración de Monroe, y de modos tan varios, que veremos después, se la ha interpretado así en América como en Europa, que conviene tener siempre á la vista el texto de su conclusión. Dice así: We owe it, therefore, to candor and to the amicable relations existing between the United States and those powers to declare that we should consider any attempt on their part to extend their system to any portion of this hemisphere as dangerous to our peace and safety. With the existing colonies or dependencies of any European power we have not interfered and shall not interfere. But with the governments who have declared their independence and maintained it, and whose independence we have, on great consideration and on just principles, acknowledged, we could not view any interposition for the purpose of oppressing them, or controlling in any other manner their destiny, by any



VENECIA · Río S. G. Paolo

men tuvieron cónsules generales en Bogotá desde 1827.

El ministro de los Países Bajos en Londres y el de Colombia en la misma corte, especialmente autorizados por sus respectivos gobiernos, concluyeron allí un tratado de amistad, navegación y comercio el 1º de mayo de 1829 y canjearon las ratificaciones en 15 de febrero de 1830.

En 1827, Francia acreditó un «inspector del comercio francés en Bogotá y sus dependencias»; y bien que tal título no fuese conforme á las prácticas internacionales, reconoció Colombia en este agente el carácter consular, con el objeto de propender á más definidas relaciones. No creía oportuno el gobierno francés, según dijo su ministro de negocios extranjeros á la cámara de los pares en enero de 1828, «escoger el momento en que las plazas más importantes de España se hallaban en poder de las tropas francesas, para reconocer la independencia de Estados que no hacía mucho tiempo se encontraban bajo la autoridad de S. M. Católica.» Con todo, en abril de 1829 llegó á Bogotá, y presentó sus credenciales al ministro de relaciones exteriores, un «Comisionado» del rey de Francia que residió en la capital con las atribuciones, si no con el título, de agente diplomático.

Constituida Colombia en 1821, el gobierno acreditó cerca de la Santa Sede un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario; mas como se temiese en Roma la impresión que causaría en Madrid el trato directo y oficial con las nuevas Repúblicas de América, resultó infructuosa esta misión

hasta 1827. Fue entonces solamente cuando la Santa Sede preconizó á los arzobispos de Bogotá y Caracas, y á los obispos de Santa Marta, Cuenca, Quito y Antioquía, presentados en años anteriores por el gobierno de Colombia. El arzobispo Ramón Ignacio Méndez tomó posesión corporal de la Silla metropolitana de Caracas el 11 de mayo de 1828, y el doctor Mariano Talavera, preconizado en este año como obispo de Tricala *in partibus infidelium* y nombrado al mismo tiempo vicario apostólico de la diócesis de Guayana con todas las facultades concedidas á los demás obispos de Colombia, recibió la consagración en Bogotá el 15 de agosto de 1829.

Los demás Estados europeos que mantenían relaciones comerciales con Colombia, aunque no celebraron con ella tratados públicos, no apoyaron tampoco las pretensiones de España sobre sus antiguas colonias, pretensiones que por la tenaz é imprudente aberración que señalaremos en otro lugar subsistieron respecto de Venezuela hasta 1845.

Bolívar siguió siempre paso á paso las combinaciones é intrigas de la diplomacia europea, valiéndose á la vez de la correspondencia que mantuvo desde mozo con personas residentes en varias cortes, de la ilustración de sus ministros de relaciones exteriores y de la gestión de sus agentes en el extranjero (4), y ya en 1818 vió clara-

mente que la creación de una gran República en Sudamérica era el baluarte indispensable contra los intentos de reconquista. Fundada Colombia, quiso confederarla con el Perú, Bolivia y los otros Estados del Sur, y ampliando luego el proyecto aspiró á la confederación de todas las Repúblicas de origen español, no sólo para defender su independencia contra todo ataque europeo sino también para establecer un contrapeso á la gran República del Norte. Veamos cómo se desarrolló y fracasó al fin tan alta idea.

En 1822, Colombia celebró con el Estado de Chile un tratado de unión, liga y confederación en paz y en guerra (ratificado en Bogotá á 12 de julio de 1823), «para sostener, dice, con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitiesen las circunstancias, su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera, y asegurar después de reconocida aquella su mutua prosperidad y la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos, súbditos y ciudadanos, como con las demás potencias con quienes debían entrar en relaciones.» Lo mismo se estipuló en el tratado con el Perú, ratificado en el mismo mes y año que el anterior.

Por otro tratado adicional con el Perú, de igual fecha, se convino además, de acuer-

(4) Los diplomáticos venezolanos que más se distinguen en el período colombiano son el doctor Pedro

Gual, el general Pedro Briceño Méndez, José Rafael Revenga y el mariscal Antonio José de Sucre. El glorioso triunfador de Ayacucho unfa á su genio militar las prendas morales del más culto hidalgo.



CATEDRAL DE MILAN

do con lo estipulado ya con Chile, que se formaría una asamblea compuesta de dos plenipotenciarios por cada parte para el nombramiento de los ministros de igual clase cerca de los gobiernos de las naciones extranjeras: que los aliados interpondrían sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española, para entrar en este pacto de unión, liga y confederación perpetua: que, conseguido este objeto, se reuniría un congreso general de los plenipotenciarios de los Estados americanos que les sirviese «de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus tratados públicos cuando ocurriesen dificultades, y de juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias (5)»: que este pacto no interrumpía el ejercicio de la soberanía nacional de cada parte, pero se obligaban por él «á no acceder á las deman-

das de tributos ó exacciones que el gobierno español pudiese entablar por la pérdida de su antigua supremacía sobre estos países, ó cualquiera otra nación en nombre ó representación suya, ni entrar en tratado alguno con España, ni otra nación, en perjuicio y menoscabo de esta independencia.» El plenipotenciario colombiano para ajustar dichos tratados con Chile y el Perú fue el senador Joaquín Mosquera, siendo ministro de relaciones exteriores el doctor Pedro Gual, intérpretes uno y otro de las instrucciones especiales de Bolívar.

La misma estipulación que el tratado adicional con el Perú contiene el celebrado con México en 1823, siendo plenipotenciario de Colombia el señor Miguel Santamaría, y ratificado en Bogotá á 30 de junio de 1824; y el que firmó en esta ciudad el ministro Gual con el enviado extraordinario de las Provincias Unidas del Centro de América, y que fue ratificado por el gobierno colombiano el 12 de abril de 1825.

Con el Estado de Buenos Aires se estipuló solamente amistad y alianza defensiva, en 1823, ratificándose el tratado por Colombia á 10 de junio de 1824.

Quiso Bolívar ya realizar el más grandioso de sus proyectos, y el 7 de diciembre de 1824, en su calidad de Jefe supremo del gobierno del Perú, dirigió desde Lima una circular á los gobiernos que habían adherido al pensamiento de un congreso internacional americano, proponiéndoles la reu-

nión inmediata de sus plenipotenciarios en el istmo de Panamá, lugar indicado por Colombia en sus tratados anteriores. Se instaló allí el congreso el 22 de junio de 1826 con dos representantes de cada una de las Repúblicas de Colombia (fueron plenipotenciarios Gual y Briceño Méndez), Centro de América, Perú y Estados Unidos Mexicanos. Chile, no obstante el compromiso contraído, no pudo enviar sus representantes. Los de Bolivia llegaron demasiado tarde para tomar parte en las deliberaciones. Los Estados Unidos, que seguían con vivo interés el proyecto, diputaron á su ministro en Bogotá, señor Anderson, y al señor Sergeant; mas en viaje para Panamá murió aquél en Cartagena y el segundo llegó cuando habían terminado las sesiones. La Gran Bretaña y Holanda enviaron también dos diplomáticos; pero con la sola misión de seguir los trabajos del congreso, sin tomar parte en sus discusiones.

Los representantes de los cuatro Estados que constituyeron el congreso firmaron el 15 de julio de 1826 un tratado en virtud del cual se establecía una liga y confederación perpetua para sostener en común, defensiva y ofensivamente, la soberanía é independencia de las potencias aliadas contra toda dominación extranjera. Cada dos años en tiempo de paz, y cada año en tiempo de guerra internacional, se reuniría una asamblea general, compuesta de dos ministros plenipotenciarios por cada Estado, cu-

(5) Es digno de recordación y nota este precedente de la diplomacia sudamericana, que inspirándose en una institución de la antigua Grecia (la liga anfictiónica), en el proyecto de Enrique IV de Francia *Conseil général de l'Europe*, y en las ideas de los filósofos del siglo XVIII, sobre todo de Jeremías Bentham (*A plan for an universal and perpetual peace*) y de Manuel Kant (*Ein permanenter Staaten-Congress*), se adelantó sesenta y siete años á las resoluciones del congreso internacional americano de Washington (1890) y setenta y cinco años á la conferencia y convención de la Haya (1898).

Los objetos principales serían: negociar y concluir todos aquellos tratados, convenciones y demás actos que tendiesen á las mejores relaciones recíprocas de los confederados: contribuir al mantenimiento de la paz y amistad, sirviéndoles de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados y convenciones públicas, concluidos en la misma asamblea, cuando sobre su inteligencia ocurriese alguna duda, y de conciliador en sus disputas y diferencias: procurar la conciliación y mediación entre las potencias aliadas, ó entre éstas con una ó más potencias extrañas á la confederación que estuviesen en guerra ó amenazadas de un rompimiento; y «ajustar y concluir, durante las guerras comunes de las partes contratantes con una ó muchas potencias extrañas á la confederación, todos aquellos tratados de alianzas, conciertos, subsidios y contingentes que acelerasen su terminación.» Ninguno de los confederados podía celebrar tratados de alianza con otra potencia sin consultar previamente á los demás. Siempre que no lograsen transigir amigablemente entre sí sus diferencias presentes ó eventuales, las someterían al juicio de la asamblea, cuya decisión, sin embargo, no sería obligatoria si las potencias en conflicto no hubiesen convenido antes en que lo fuese. No podía tampoco uno de los confederados declarar la guerra á otro ni ordenar actos de represalias sin someter antes su causa, apoyándola en documentos, á la decisión conciliatoria de la asamblea. Para que un confederado declarase la guerra ó rompiese las hostilidades contra una potencia extraña, debía antes solicitar los buenos oficios y mediación de sus aliados. En ningún caso podía la confederación ligarse con el enemigo de uno de sus miembros. Sería excluido de la confederación el Estado que declarase la guerra ó rompiese las hostilidades sin haber solicitado la mediación de aquélla, ó que no cumpliese sus decisiones en caso de haberse sometido previamente á ellas. Las demás potencias de América podían incorporarse en la confederación, dentro de un año después de ratificado este tratado, aceptando todas sus bases. Se comprometieron además los confederados á cooperar á la completa abolición del tráfico de esclavos, y á declarar piratas á los buques cargados de ellos, procedentes de África. Cada uno de los confederados conservaba el ejercicio de su soberanía respecto de sus relaciones exteriores con las otras potencias, en cuanto no se opusiese al tenor y letra del tratado.

Por convenciones especiales estipularon en la misma fecha el contingente que debía aportar cada cual para levantar y mantener un ejército de sesenta mil hombres de infantería y caballería, y una armada compuesta de veintiocho buques, con el objeto especial de defenderse de España.

El mismo día, 15 de julio, acordó el congreso trasladarse á la villa de Tacubaya, cerca de la ciudad de México, á continuar allí sus deliberaciones. Esto no pudo realizarse, ni los disturbios internos de las Repúblicas aliadas permitieron que tuviesen ningún resultado práctico las estipulaciones de Panamá.

Quedó así frustrado el doble pensamiento de Bolívar, el cual quería decidir desde luego á los confederados á libertar á Cuba y Puerto Rico para hacer después, si era necesario, la guerra á España en su propio territorio, y sobre todo establecer un equilibrio permanente entre la gran República de origen inglés y las Repúblicas de origen español. La experiencia, dolorosa y triste en ocasiones, ha demostrado cuán grave fue el error que cometió entonces toda la América latina, porque si es verdad que ha evitado hasta ahora la reconquista europea, gracias á la doctrina de Monroe, también

es cierto que, por efecto de la misma doctrina, éstas Repúblicas no han mantenido su soberanía, y ello cercenada en más de un punto, sino aceptando de hecho una especie de protectorado moral de los Estados Unidos..... ¿Qué sucedería, si por un cambio, siempre posible, en el equilibrio internacional, dejasen de ser lo que son hoy las relaciones de los Estados Unidos con las grandes potencias europeas; ó desapareciese la portentosa prosperidad actual de la gran República, apagándose entonces la voz de Monroe que con tan formidables ecos ha resonado por tres cuartos de siglo; ó se dejase también arrastrar al fin la pacífica democracia del Norte por la creciente *imperialista* con que Inglaterra y Francia y Alemania y Rusia han llevado ya sus barcos, sus soldados y sus mercaderes á las aguas y tierras de todos los Continentes? No es el ánimo del autor tratar aquí estas graves cuestiones. Conténtase con señalarlas ahora para realzar la idea grandiosa que apuntó y no pudo por desgracia realizar el genio del Libertador.

Volvamos á la historia del pasado para ver cómo estableció Venezuela sus relaciones exteriores después de la transformación política de 1830.

GIL FORTOUL.

FÓRMULAS

A don Marcelino Menéndez y Pelayo

I



una de sus últimas misivas lo siguiente:

«Por no leer á la ligera ninguna de las interesantes cartas de V. m., no han pasado inadvertidas para mí las letras que figuran al final de ella.—¿Es casual ó intencionado el cambio que hace V. m. de poner «que le besa la mano», en vez de «que su mano besa!»—Yo supongo que será lo segundo para evitar las dudas á que se prestan en español el posesivo «su», que á veces puede aplicarse á dos personas, y en el caso de que se trata, tanto al amigo que escribe como á la persona á quien se dirige la epístola, lo cual nunca puede acontecer con el giro que V. m. emplea.—Si el cambio ha sido casual, atribuya V. m. mis indicaciones á la idea que tengo de que V. m. nada hace al caso, y de que en todos sus escritos, hasta en las cosas más sencillas, procura V. m., y en realidad lo logra, ceñirse á las reglas más estrictas de la lógica y de la gramática.»

A tan honrosa y lisonjera observación de mi corresponsal, diré que ciertamente por la ambigüedad del pronombre «suyo», cuando por apócope se reduce á «su», no se sabe con fijeza si al escribir en el remate de una carta «que besa su mano», se estampa el beso en la propia mano del autor (según la usanza del saludo moruno), ó en la de la persona á quien la misiva se dirige.

Las últimas ediciones de la Gramática y Diccionario de la Academia sancionan el uso general de las cartas de nuestros días, advirtiendo que las mayúsculas ó minúsculas

Q. B. S. M. ó q. b. s. m. significa «que besa su mano»; y aun cuando ni uno ni otro libro apuntan «que su mano besa», claro es que trocadas las letras es fácil comprender la abreviatura sin más explicaciones.

Harto sabido es el caso del deudor que no pagaba por «varias razones», de las cuales la primera se reducía á no tener dinero..... «Pues no diga V. m. más, replicó el acreedor, que con esa basta.»

Partidario yo del principio de autoridad cuando la autoridad es respetable, diré que la primera razón que tengo y con ella basta, para usar la frase «que le besa la mano», es la de que la usaba mi sabio maestro el eminente don Juan Eugenio Hartzenbusch,

Y cuando Hartzenbusch lo dijo, Estudiado lo tendría.

Citemos, sin embargo, algunos textos para confirmar que debe escribirse «la mano», y no «su mano», en el caso de que tratamos.

Previenen las leyes de Partida que sepultado que sea el Rey, «deben los principales personajes del reino venir al Rey nuevo besándole el pie ó «la mano», en conocimiento de señorío.....; que un ome se puede hacer vasallo de otro otorgándose por vasallo ó «besándole la mano».....; y que al Rey, tanto los ricos omes como los otros de su señorío, son tenudos «de le besar la mano».

Cervantes dice: «Viendo, pues, ya acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese, se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de «la mano, se la besó.....»

«Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez «la mano» y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante.....»

«Dió los escudos Sancho, unció el carretero y besó «las manos» el leonero á Don Quijote por la merced recibida.....»

En el final de la carta que dirigió Teresa Pauza á la Duquesa, se consigna que «Sancha, mi hija y mi hijo, besan á vuesa merced «las manos».

Hablando Cervantes por su propia boca y no por la de personajes de sus obras, dice en las dedicatorias de «Galatea» y segunda parte de «Don Quijote»: «Besa «la mano» de V. S..... y venga V. S. con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle «las manos», y yo «los pies», como eriado que soy de V. Excelencia.»

Explica el Diccionario que la frase «besar la mano» se usa de palabra ó por escrito en señal de urbanidad, y que «besalamano» es esquela con la abreviatura B. L. M., que se redacta en tercera persona y que no lleva firma. Si el pronombre «su» fuese admisible, tendríamos «besasumano» al mismo tiempo que «besalamano», y no nos extrañaría leer que el «Ministro de Hacienda besa su mano al señor don Fulano de Tal, etc., ni tampoco que al saludarnos algún sujeto empezara diciendo «beso á V. m. su mano», en vez de «beso á V. m. la mano», según aconsejan el buen uso y los hablitas.

Textos de gran autoridad para estas cuestiones juzgo los *Formularios de Cartas*, libros á mi parecer de gran importancia, y dignos de estudio por revelar más y mejor que otros las costumbres de nuestros antepasados. Desde el siglo XV en adelante hallamos al final de las cartas mensajeras estas cortesías.

Las manos de vuestra señoría besa;
Las manos de vuestra señoría beso;
Besa las manos á vuestra señoría;
Beso las manos á vuestra señoría, etcétera,
etc.

Distinguen y señalan los autores del siglo XVI la gran diferencia que había en usar de una ú otra locución, y cuál se consideraba de mayor ó menor respeto, por ser



VENEZIA: El Canal Grande

(añaden) «tan delicado esto de las cortesías, que aunque se elija una misma cosa, tan solo ponerlo detrás ó delante hace gran diferencia y es notado el que lo hace». Ponen ejemplos para aclarar su doctrina, y manifiestan que

«Las manos de vuestra señoría «besa», es «más» que las manos de vuestra señoría beso»;

«Las manos de vuestra señoría «beso», es «más» que «beso» las manos á vuestra señoría»;

«Besa» las manos á vuestra señoría, es «más» que las manos de vuestra señoría «beso», etc., etc.

Y sigue por este orden llenando páginas el buen Gaspar de Texada, y haciendo unas distinciones (teológicas que digamos) de cortesías, que á nuestros oídos casi se confunden y quiebran de puro sutiles.

Una pragmática de 1586 abolió las epistolares, previniendo que comenzase «la carta ó papel por la razón ó por el negocio, sin poner debajo de la \dagger en lo alto, ni al principio del renglón, ningún título, ni cifra, ni letra, y acabar la carta diciendo «Dios guarde á V. S. ó á V. m.», ó «Dios os guarde». Y luego la data del lugar y del tiempo, y tras ella la firma, sin que preceda ninguna cortesía». Lo ordenado en esta disposición, que subsiste hoy en la correspondencia de oficio, debió dar origen á la frase «de la cruz á la fecha», para significar desde el principio hasta el fin de una cosa.

En el siglo XVIII resucitó el besar la mano, diciéndose «besa la mano de V. m.»; y en el siglo XIX nació y hoy subsiste la

fórmula «que besa su mano», á la cual hallamos preferible la de «que le besa la mano» por las razones que se dejan manifestadas.

Y por cierto que no he podido salir de la duda que tengo hace años, reducida á saber en qué se funda la costumbre de que ahora «la mano» se besa generalmente en singular y «los pies» siempre en plural. Sirve de autoridad y ejemplo que cuando Sancho Panza escuchó la relación de la vida del caballero del «Verde Gabán», dice la historia que con devoto corazón y casi lágrimas le besó «los pies» una y muchas veces; y que al recibir nuestro famoso escudero el gobierno de la ínsula que le mandaba el Duque, le ordenó Don Quijote que se hincase de rodillas y besase los pies á su excelencia por la merced que le había hecho. Causaría extrañeza leer al final de carta dirigida á una señora la frase de «le besa el pie», en vez de «los pies», que es la apuntada en el Diccionario y la que, de palabra ó por escrito, se usa hablando con personas reales por respeto y sumisión, y con damas por cortesía y rendimiento. Y es raro, por consecuencia, que no se usen ni se mencionen en el léxico «besalospies» para dirigirse á las señoras, como se usan «besalamanos» para escribir á los caballeros. Debieran existir papeles para cada sexo, ya que son diversas las fórmulas que se emplean con las damas y con los galanes.

Convendría asimismo que se discutiese y aclarase por ser de gran importancia, el punto que oí proponer á mi excelente amigo Castro y Serrano, quien sostiene, y á mi ver

con mucha razón, lo absurdo de la frase con que las mujeres contestan al saludo de..... «¡Señora! á los pies de usted», diciendo..... ¡Caballero! beso á usted la mano».

¿Dónde se ha visto, leído ú oído, dice Castro, que las damas españolas besasen en público y como señal de cortesía la mano de los hombres?—Creo que fuera sencillo demostrar con pinturas, historias, novelas y comedias de los siglos XVI, XVII y XVIII, que los caballeros son los que han besado las manos á las señoras.—Al decir el galán «á los pies de usted», la dama, correspondiendo á semejante señal de cortesía y rendimiento, debe contestar con otra frase que dé á entender:—«muchas gracias»; «no se humille usted tanto»; «no baje usted hasta los pies»; «caballero, bese usted la mano».—Vemos, pues, que la variante ó trueque de una sola letra ha dado origen á la frase absurda de nuestros tiempos, según la cual se toma el rábano por las hojas y se manifiesta lo contrario de lo que se quiere explicar. Y si es lícito tener al «Quijote» por biblia de las costumbres españolas, diremos que Sancho suplicó á Dorotea le diese «las manos para besárselas» en señal de que la recibía por reina y señora.....; que don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante y con gentil denudedo fué á «besar las manos» á la duquesa....., y que cuando el hidalgo hablaba con la semidonceja por el agujero del pajar, le dijo: «Tomad esa mano.....»; «no os la doy para que la beséis», sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos y la

anchura y espaciosidad de sus venas». La princesa Micomicona pugnó con mucha porfía para «besar las manos» á don Quijote; mas éste, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió. Por descabellado juzgaríamos que el Manchego se dejase besar la mano por las señoras; y no menos que algún galán de Lope y Calderón admitiese tal prueba de amor ó cortesía por parte de una dama. Si posible fuera tomar declaración á las de nuestros tiempos, seguro estoy de que pocas habrán besado realmente manos varoniles, y muchas las que, á semejanza de Luscinda, habrán permitido que algún Cardenio tome una de sus blancas y bellas manos para llegársela á la boca (casi por fuerza, se entiende), caso que explicó un poeta moderno diciendo que

El amante logra asir
Dos manos de blanca tez,
«Y tras corto resistir»
Se las deja ella oprimir.....
Oprimiéndole á su vez.

II

Queda indicado el gran valor de los *Formularios de Cartas* para el estudio de las antiguas costumbres. Consagraremos algunos renglones á semejante materia, por ser indispensables para tratar del «Muy señor mío», disparatado ingreso de nuestras cartas, ya que antes nos ocupamos del «que besa su mano», disparatado final y remate de las mismas.

Desde el siglo XVI al XIX tenemos el «Art y stil pa scriure á totes psones», de Tomás Perbenyá; los formularios de Gaspar Texeda, tan raros como curiosos; el de Juan de Iciar; las «Cartas familiares», de Diego Martínez, de Juan Vicente y de Paulo Manzanares; el «Secretario de Señores», de Pérez del Barrio; el «Estilo de Cartas», de Jerónimo Zaldívar, dedicado al cabildo de la iglesia metropolitana de Zaragoza; «El Secretario español», por Sobrino; la «Práctica de Secretarios», por don Gaspar de Espeleta, caballero de la orden de Santiago. El nuevo «Estilo de misiva» por Begas; el «Arte de cartas», por don Manuel Thesauro; el «Epítome de la elocuencia» escrito en verso por Artiga; «El Secretario de Comerciantes», por Iturburu; el «Arte epistolar», por Melchor Sas; la «Retórica», del presbítero Marques Espejo; el «Novísimo manual», de Saura; el «Correo de amor», de Argimiro Blay; el «Ramillete de los amantes», por Constanzo...., y otros ciento, sin contar los latinos de Verrepeñ, Palmireno, Erasmo, Apollonio, etc., ni los muchos y curiosos formularios manuscritos que tanto abundan en diversas bibliotecas públicas y privadas. Si tales libros mereciesen la honra de ser llamados á concurso bibliográfico por algún centro literario, quizá no faltasen plumas autorizadas y discretas que nos reseñasen su historia en Europa, describiendo al por menor los tratados españoles, con sus dedicatorias á príncipes y magnates; sus censuras y aprobaciones por un Lope de Vega y otros preclaros ingenios, y sus versos laudatorios de Espinel y de Cervantes, en demostración de que en ciertas épocas eran necesarios á todas las clases sociales, según advertía el poeta Juan de Tapia al consignar á mediados del siglo XVI en el «Estilo de Cartas», de Iciar, dirigido nada menos que al Ilre. señor Ruiz Gómez de Silva, que

El rústico y el galán
Que son torpes en decir,
Y los que no lo serán,
Con estas cartas podrán
Tener arte de escribir;
Quedarán después de vistas
Todos muy aprovechados,
«Teólogos» y «Juristas»,
Los mecánicos, artistas
Y diferentes estados.

Si las repetidas ediciones de los actuales formularios son para uso exclusivo del vulgo, y no sirven ni se hallan por consiguiente en las secretarías de reyes, príncipes y obispos, en los siglos pasados no sucedía lo mismo. La aceptación y reimpresiones de las «Cartas mensajeras», del ya citado Gaspar de Texeda, dedicadas por los años de 1547 á 1552 al nuncio don Juan Poggio Obispo de Tropea, al licenciado Galarza del Consejo de S. M., y al Duque de Frías condestable de Castilla, justifican la importancia que tuvo dicho libro por aquellas calendas.

Dice allí que el secretario debe ser sabio, fiel y experimentado y tener el estilo grave y amoroso para poner gusto donde fuere menester.....; que las cartas han de llevar algún zumo, porque las secas no se reciben ni obedecen de buena gana.....; que aquél á quien se escribe amorosamente, hace con voluntad lo que hace el caballo por las espuelas.....; que en una carta, más que en otra ninguna demostración, vemos el retrato de lo que alcanza el que lo escribe.....; y que quisiera el autor del libro tener la lengua y la pluma de fuego, para quemar el mayor vicio que se puede cometer en el arte del bien escribir. El vicio consiste en poner «el, le, haga, vea» y «su», cada cosa de éstas sin ninguna «merced», aunque se le deba á quien se escribe, ó sea que en lugar de decir «haga V. m. lo que le pareciere»; dicen «haga él lo que le pareciere»; en vez de «Fulano hijo de V. m., —Fulano su hijo», etc., cosas todas que no tienen otro nombre sino una gentil discreción de mala crianza y uso de palabras enfermas y afeminadas.

Numerosas páginas consagra Texeda á los títulos, cortesías y «sobre-escritos», porque «esto del sobre-escribir avisadamente (dice) es menester mirar en ello por ser cosa muy notada»; así como previene, con respecto á las cortesías, «que algunos son mal criados por usar demasiadas, como otros lo son por quitar la que se debe». Pone la lista de tratamientos para todas las categorías sociales, empezando por Su Santidad y siguiendo por diversos reyes, príncipes, infantes, grandes, cardenales, arzobispos, obispos, señores, caballeros, ciudades, priores, guardianes, cabildos, monjes, canónigos y religiosos, hasta terminar con los ciudadanos, mercaderes, escribanos y notarios ó «particulares que sean menos que éstos».

Con respecto á las mujeres avisa que tienen otra ley en el escribir, y es la de cercenar títulos y cortesías, y ser éstas amorosas. De las viudas en Castilla dice que después de firmar la carta ponen una raya de tinta por su nombre, borrándolo como señal de soledad y tristeza.

Manifiesta que «vos» es el tratamiento más inferior; que después sigue el impersonal y luego «vuestra merced»; que «excelentísimo» es más que «muy excelente», ó «ilustrísimo» más que «muy ilustre». Además de estos y otros altos tratamientos, según los dictados de la persona, existían para el uso general, que digamos, los de «inclito, circunspecto, reverendo, respectable, eximio, egregio, noble, magnífico, prudente, virtuoso, etc.»

Fácil es comprender que el mayor número de las cartas empezaba con el superlativo, escribiéndose, v. gr.:

«Muy noble señor»;
«Muy reverendo señor»;
«Muy magnífico señor», etc.

Aquí se ve que el «muy» se ponía en el lugar conveniente para demostrar el grado sumo de la significación del adjetivo. Pero eran tales las dificultades de aplicar á cada persona el que su vanidad le dictaba, y de tener en la uña la minuciosa escala gradual de Texeda, que así como hoy fuera motivo de queja escribir «Don» en vez de «Señor Don» al que no tiene tal tratamiento de «Señoría», entonces también se enojaba de ser calificado, verbi gracia, de «prudente»

el que se creía «noble», ó de «circunspecto» el que se juzgaba «inclito». Por eso sin duda manifestó Cristóbal de Castillejo que

Por afrenta y disfavor
Ya se tiene y se recibe,
Si uno á otro acaso escribe
Muy virtuoso señor.

Para cortar por lo sano, comenzó á fines del siglo XVII la costumbre de abandonar el peliagudo calificativo, empezando las misivas con las voces de «Señor mío» á secas, en las cuales existe rigurosa concordancia gramatical. Llegan los últimos años del XVIII y entouces nace la peregrina locución de «Muy señor mío» (producto híbrido del «Muy noble ó virtuoso señor» y del «Señor mío»), que el uso repetido y constante ha llegado á convertir en eufónica para nuestros oídos.

La Gramática (1880) dice que en la mencionada frase el «muy» modifica al «señor». Así será; pero entendiéndose que la tal modificación pretende elevar y engrandecer, que no deprimir al «señorío». Y como el término de cortesía «señor» es sustantivo masculino de los que no admiten para el caso que nos ocupa aumento ni disminución, resulta que «muy señor mío» viene á ser como si dijéramos—muy «brigadier» mío—muy «abogado» mío—ó muy «canónigo» mío.—Si «muy señor» indicase más respeto y consideración que «señor» solo, tengo por cierto que á los reyes se les diría «muy señor», y que en el Credo, Ave María, Salve, Confesión y Artículos de la Fe se hubiera puesto—Creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro «muy» señor.....; llena eres de gracia, el «muy» señor es contigo.....; ea, pues, «muy» señora abogada nuestra.....; para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro «muy» señor.....; que roguéis por mí á Dios, nuestro «muy» señor.....; creo que nuestro «muy» señor Jesucristo nació de Santa María Virgen.....; y, por último, empearíamos el acto de contrición exclamando: «Muy señor mío» Jesucristo, Dios y hombre verdadero.....

Repito, pues, que la causa y origen del «Muy señor mío» nos la dan los citados formularios de cartas. Súplase el adjetivo magnífico, noble, virtuoso, ilustre ú otro de ellos, y resultará claro y gramatical que se ha querido decir—muy ilustre—ó—muy virtuoso—ó—muy noble—ó—muy magnífico «señor mío».

Para confirmar el acerto de que la redacción de las misivas revela algo de las ideas y estado social de cada época, copiaré algunas muestras de los formularios correspondientes al primer tercio del siglo XVIII.

Dicen así:

Una señora se queja del Presidente de la Sala
por la prisión de un criado

†

Señor mío: Esta mañana he echado de menos en mi asistencia á Don N., paje mío, y al preguntar el motivo de faltar de ella me han respondido que la ronda que anoche iba mandando el Alcalde Don N. le llevó preso á la cárcel, sin más motivo (enfádame el decirlo) que el de haberle encontrado á deshora paseando las calles, con aquella alentada libertad que suele disimularse á hombres mozos, cuando no la mezclan con perjudiciales é indecentes travесuras. Yo creyera que sólo el nombre de criado mío podría ser bastante para indultarle de la prisión; pero sin duda debo persuadirme de que ignorantes y poco advertidos los ministros, se olvidaron de esta obligación. V. S. me haga el gusto de mandar ponerle luego eu libertad, y advertir para otra vez que por motivos tan menores no se ha de avergonzar con el público de una cárcel á quien viste mi librea, pues me bastará el

menor aviso de sus inquietudes para que yo las castigue con mis severidades.—Guarde Dios, etc.

RESPUESTA

†

Excma. señora :

Señora: Hasta ahora que leo el nombre de V. E. en el papel con que se es servida honrarme, no había oído en el preso que la ronda hizo anoche el de criado de V. E., ni puedo persuadirme á que lo supiese el Alcalde Don N., porque tiene muy bien aprendidas las obligaciones de atento; y aunque por nuestra ignorancia no merecíamos toda la mortificación con que V. E. viste las expresiones de su orden, la venero como es justo y obedezco como debo, enviándole á V. E. con libertad á Don N., bastándole la sola prerrogativa de criado de V. E. (con cuyo título todos nos honramos), para que yo cese en el intento de la averiguación del por qué á hora tan irregular andaba buscando los peligros en la soledad de las calles.—Guarde Dios á V. E., etc.

Carta de pascuas, con tratamiento de señoría

†

Señor mío: En este festivo tiempo de Pascuas, llevo á ofrecerme gustoso al servicio de V. S. más por deuda forzosa de mi obligación, que cumplimiento molesto del común estilo, y lográndolas V. S. con todo el lleno de gozo que le previene mi buen afecto, debo yo asegurármelas muy dichosas, mayormente mereciendo mi obediencia que la libre V. S. de la ociosidad en que la tiene, con repetidos empleos de su mayor agrado y satisfacción, cuya vida guarde nuestro Señor los muchos años que deseo.—Zaragoza y diciembre á 13 de 1721.—B. L. M. de V. S., su más cierto y seguro servidor, Don N.—Señor Don N.

Respuesta, con tratamiento de Merced

†

Señor mío: Recibo la de Vm. de 13 de éste, en que continuándome sus favores, se sirve anunciarme las Pascuas del Nacimiento de nuestro Señor; y admitiendo mi estimación su atenta y grata memoria de Vm., estaré igualmente gozoso de que la Divina Clemencia se las comunique á Vm. con el lleno de las mayores felicidades y que no se olvide Vm. de mandarme con repetidos empleos de su agrado y satisfacción, cuya vida guarde Dios los muchos años que deseo. Madrid y diciembre á 22 de 1721.—B. L. M. de Vm., su más afecto servidor, Don N.—Señor don N.

Hoy nos sorprende y admira la redacción de semejantes cartas, por su olor á espadín y peluca. Entre los papeles de amantes, «materia peligrosa» al decir del M. R. P. Presentado Fr. Joseph Pinedo, censor del libro, se hallan los que copio:

Segundo papel que escribe un galán á una señora, que bien quiere, dándola á entender por él su afición.

Señora: segunda vez vuelvo á tomar la pluma entre medroso y confuso dudando si en cuenta de lo rendido se me perdonará lo osado; mi delito consiste en querer á Vmd.; y si éste lo es, confíesole, y como reo me expongo al castigo de las iras de Vmd., que siendo tuyas las tendré por dulces, con propósito, no de enmendarme, y sí de continuar la empresa hasta tanto que merezca saber si Vmd. me hará dichoso dándome permiso para que en la hoguera de mi amor arda continuamente la memoria de Vmd., de quien espero se ha de dar por

servida de mi fina voluntad, si no para corresponderla como agradecida, compadeciéndose lastimada. Guarde Dios á Vmd. más que á mí, etc.

Respuesta de la dama, admitiendo

Señor mío: Sus corteses expresiones de Vmd. disculpan el atrevimiento, aunque debe Vmd. advertir que las mujeres de mis obligaciones deben, por razón de estado, hacer gala de altivas sin incurrir en la nota de ingratas, asegurándole á Vmd. que el continuo paseo de mi calle y mirar mis ventanas ha puesto mi descuido en reparo, noticiándole por otra que, aunque no esté en posesión de admitido, no desagrada con lo que sirve. Dios guarde á Vmd. muchos años, etc.

Respuesta de la dama, extrañando la declaración del galán

Señor mío: El más propio y severo castigo para su atrevido y licencioso papel de Vmd. era el dejarle yo sin respuesta; pero para no darle lugar á que me ofenda ni aun con la duda de pensar si el callar podría ser parte de conceder, he tomado la pluma (sin reparar en que es gastar el papel en lo menos digno) para hacerle ver á Vm. el desengaño y la novedad que me ha hecho el que la mal pensada proposición de Vm. haya podido caber, ni aun como ente de razón, en su pensamiento. Guarde Dios, etc.

Papel de una dama á un galán cobarde

Afición es solamente la que me obliga á escribiros. Así no amor, que no estoy tan ciega. Si queréis ser venturoso, no seáis cobarde; que yo que intento ser entendida, os doy de esta suerte la mano para levantaros. No perdáis la ocasión, pues en ella consiste vuestra ventura. «Quien pretende ser vuestra igual».

Creo que á las damas y galanes de nuestros tiempos les produciría desamor la lectura de semejantes papeles, que habían de sospechar hijos de plumas burlonas y maleantes ó de gente falta de razón y de juicio.

En la actualidad se reimprimen y tienen gran despacho las fórmulas de cartas redactadas á la moderna, que el vulgo alto y bajo usa como norte y guía para sus escritos. El formulario viene á ser el ropaje de la idea, y nada más cómodo que hallar un vestido á la moda ya listo y arreglado. La sociedad se halla bajo la presión de una atmósfera de formularios, de la cual es imposible separarse. A formularios se sujetan las ceremonias, oraciones y certificados de la Iglesia en bautismos, matrimonios y entierros. Copia de la fórmula usada en los antiguos tiempos son las cartas llamadas «de ruego y encargo» que en nuestros días dirigen los Reyes de España á los «Reverendos en Cristo Padres Arzobispos y Obispos» en ciertas y determinadas ocasiones. A fórmulas se arreglan las misivas que unos á otros se escriben los soberanos. Con fórmulas se redactan los antiguos privilegios rodados, cartas plomadas, cédulas, albalaes y pragmáticas, lo mismo que hoy se extienden las leyes, decretos y reales órdenes. Las bulas de carne, de cruzada y de difuntos, y los títulos y diplomas de cargos civiles y militares, cruces y honores, se copian de formulario. Los pliegos, sentencias, escrituras y otros productos de golillas y curiales, modelos en su mayor número de la minería más ridícula, mazorrall y grotesca que puede exhibir el habla castellana, nacen de plantillas ó formularios. De fórmula son muchos discursos del Parlamento, muchos

artículos de fondo y muchas reseñas de bodas, saraos, bailes, fiestas y banquetes, que imprimen los periódicos. Las participaciones de casamiento y defunción, los carteles de toros, teatros y novenas; los billetes de lotería y de banco; las letras, recibos, pagarés y otros infinitos documentos, obedecen también á fórmulas ciertas, fijas y determinadas.

Y hasta las Academias científicas ó literarias, que representan el «non plus ultra» del saber humano, toleran, admiten, usan y sancionan la aplicación de un formulario que convierte al individuo en juez de su propia causa. Y el pobre electo, todo conmovido, vergonzoso, y turulado, y abochornado, según nos explica, al verse tan sin merecerlo en aquel augusto recinto, se cubre un poco con la garnacha de la modestia y declara paladinamente su insuficiencia, rudo ingenio, pobreza de fama, exiguo valer, propia pequeñez, cortos trabajos, escasos merecimientos, falta de ciencia, humildad de doctrina y otras mil lindezas por el estilo, que parecen indicar á la corporación que anduvo desacertada y torpe en elegir, ó que abre para el ingreso las puertas de la misericordia y no las de la justicia.

Aplauso y loa merecen aquellos sabios y literatos (pocos en verdad) que en semejante ocasión no han levantado la bandera de la modestia, ni se han acogido á la sombra del formulario. Y vítores merece también el insigne poeta dramático que en el preámbulo de su discurso de recepción espetó á la Academia Española las siguientes palabras: «Comprendo que deberán hallarse fatigados ya vuestros oídos de escuchar el poco variable tema con que los académicos electos se esfuerzan en obscurecer sus propios merecimientos impulsados por el laudable propósito, sin duda, de que brille en toda su plenitud, la benevolencia del voto con que los habéis favorecido, y conozco lo mucho que de estéril tiene una «fórmula» tan admitida como exhausta de originalidad.....» (1)

Bien sé que el autor de estos renglones no tuvo la intención que he querido atribuirle; pero, en fin, si semejante indirecta hubiese anulado la costumbre académica, claro es que en el discurso de contestación no leeríamos (porque muerto el perro, se acaba la rabia) lo de que en el brillante, luminoso, bello, filosófico, útil ó elocuente discurso «que acabáis de oír», se contiene la prueba del mérito del nuevo compañero, cuyo ingreso es motivo de júbilo para la corporación. Existen, pues, dos fórmulas recíprocas, á las cuales, si no podemos aplicar el igualmente ciertas de los matemáticos, no se le negarán dotes de finura, educación y buena crianza. ¡Que vivan mil años para bien de las letras y galardón de la modestia!

III

Creo que el resumen de cuanto queda manifestado se halla en los corolarios siguientes:

Primero. Que conviene conservar las fórmulas, por mentirosas que sean, pues sabiéndose de antemano que carecen de verdad, nadie puede llamarse á engaño con lo que ellas digan.

(1) La persona que dudase si este párrafo es ó no de don Tomás Rodríguez Rubí puede consultar el tomo II, página 417, de la obra intitulada «Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española». Madrid, Imprenta Nacional, 1860.—En este libro se falta á la buena costumbre de apuntar el día, mes y año en que se leyó cada discurso, novedad que hallamos indigna de imitación y de aplauso.



UNA GONDOLA — EN VENECIA

Segundo. Que la mentira puede y debe expresarse sin faltar á las leyes de la gramática y del bien decir, según prueban entre otras, las fórmulas empleadas en los discursos de recepciones académicas.

Tercero. Que en tal supuesto, parecen más correctas las frases de «Señor mío, Querido señor, Muy querido señor», ú otras equivalentes á las usadas hoy en varias naciones de Europa, que la española de Muy «señor mío», la cual casi (y sin casi) puede calificarse de ridícula, porque según el Diccionario significa ó es igual á..... «Señorón mío».

Cuarto. Que las damas nada arriesgaban en trocar el engaño del—«beso á Vm. la mano»—con la falsedad de «bese Vm. la mano», por ser ésta más lógica y galante, y hallarse fundada en las antiguas costumbres españolas.

Quinto. Que juzgamos preferible, por lo claro y clásico, escribir al final de las cartas mensajeras «que le besa la mano», en vez de «que besa su mano».

Sexto. Que es tan corta la substancia del presente artículo, y tan fútiles, insignificantes y de escaso interés los temas que en él se apuntan, que bien pudiera ofrecerse un premio de diez mil pesetas á quien presentase otro más baladí, más trivial y peor hilado.

Y como unos lectores tendrán esto último por mera fórmula académica, y otros por expresión de la verdad, me conviene decir, con el célebre mono adivino de Maese Pedro, que parte de las cosas son falsas y parte verosímiles, y que si quieren saber

más, el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntase, pues por ahora se le ha acabado la virtud á

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Huerta de Cigarra (Medina Sidonia), 27 julio de 1886 años.

CROQUIS

A Miguel Herrera Mendoza.

La púrpura triunfal de un sol de fuego recama el palio azul... En la arboleda, las moradas campánulas de seda abren su broche y languidecen luego.

Con ardiente y sensual desasosiego al fragante abedul la vid se enreda; y con voz triste, temblorosa y queda, canta sus penas infeliz labriego.

Salta el ágil lagarto la pircada, y su brillante piel tornasolada finge un zig-zag de caprichosa luz;

Vibra un rumor de notas cristalinas, y disfrutan su amor dos golondrinas en la discreta fronda de un saúz...

A. MAURET CAAMAÑO.

Valparaíso—1903.

ACUARELAS

En el Magdalena

Las ondas turbias corren con murmurar sombrío, En las orillas crecen las palmas de la tagua, La brisa roba aromas al mango y á la jagua Y sube azul, en copos, el humo del bohío.

Estúmase á lo lejos un pobre caserío Que se retrata apenas en el cristal del agua, Y el boga rema y canta, feliz en la piragua Que suave se desliza sobre el revuelto río.

Bajo las verdes hojas se aduermen las orugas, A sus retiros huyen caimanes y tortugas Y los lagartos buscan abrigo entre la zarza.

El sol se hundió á lo lejos. El agua ya no brilla, Y allá sobre las ceibas de la distante orilla Sus niveas alas pliega la fugitiva garza.

En el Caribe

El sol se hundió á lo lejos con sus cambiantes ricos, Huyendo de las sombras va el cormorán cobarde, De sus hirvientes olas el mar haciendo alarde Vuelve las duras piedras del arrecife, añicos.

Los cocoteros alzan sus raros abanicos Sobre el obscuro fondo del cielo de la tarde. La estrella vespertina con sus misterios arde, Y de la sierra negra, destacan los picos.

Es la hora en que el cangrejo la tierra gris taladra, En que el mastín inquieto desde la orilla ladra, Y citas misteriosas se dan los caracoles.

Allá en el horizonte despliega blanca vela, Y hacia remotas playas como gaviota, vuela La nave silenciosa que enciende sus faroles.

ERNESTO O. PALACIO.

ELEGIA

Bajo un Cristo de mármol, que sombrea una palma,
Descansa para siempre la amada de mi alma.
Bajo un Cristo que se alza con los brazos abiertos,
La amada de mi alma descansa entre los muertos.

Era un lirio en figura de mujer. Era un lirio
Que la vida apagaba como llama de un cirio.
Abstraída en sus sueños, á todo indiferente,
Vivia vida interna, vivía mentalmente,
Porque fue la incansable, la errabunda viajera
Del azul y lejano país de la Quimera,
Donde abrirse veía, bajo un cielo risueño,
Los lirios no tocados, las rosas del Ensueño.

Del tropel de los hambres esquivó la alegría,
Flor pálida, flor triste, flor de Melancolía.
Desligada de cuanto seduce y enamora
No pidió á las tinieblas de la noche, la aurora,
Porque en su mente ardía siempre una clara estrella,
Y su mundo de sueños iba siempre con ella.

Ya, bajo extraños cielos, en edades remotas,
Desde alcázar sombrío, junto al mar, las gaviotas
Volar miraba, mientras entre las grises brumas
Llegaban á la playa deshechas las espumas;
Y á la senda lejana, que alumbraban los rojos
Rayos del sol poniente, dirigía los ojos
En vano. Y no llegaba su señor, el guerrero,
El del caballo blanco, el del cortante acero,
El del azul penacho.

Ya era Beatriz ó Laura;
Ya en los Juegos Florales era Clemencia Isaura,
Y, reina de la fiesta, bajo luces y flores,
Las cántigas oía de errantes trovadores,
Que en dulces serventesios loaban su pureza,
Y al són de bandolines cantaban su belleza.

De negro terciopelo vestida y larga cola,
De perlas adornada, y al cuello blanca gola,
Por verdes alamedas con el amado iba
En noches estrelladas y diáfanas.

Furtiva
La luna los miraba tras el ramaje espeso,
En tanto que vibraba la música de un beso.

Ya alzábanse en su mente fantásticas las calles,
Llenas de luz y cantos, de un ideal Versailles,
Y de acordadas músicas al dulce y vago són,
De damas y galanes poblábase el *Triano*,
Y sobre altos tacones descansando su pié,
Era allí por su garbo la reina del minué.....
Porque fue la incansable, la errabunda viajera,
Del azul y lejano país de la Quimera.

Amó el silencio. Vida de quietud fue su vida.
De un ideal Ensueño la casta prometida,
Buscó el silencio siempre, buscó el recogimiento,
Y así nutrió en la calma de luz su pensamiento.

Amó los versos tristes, los que cantan dolores
Recónditos y mudos, y hablan de secas flores
Que marcan una página; de soles extinguidos
Que alumbraron la dicha de dos almas; de nidos
Donde cayó la nieve; de los blancos pañuelos
Que en la playa se agitan diciendo *adiós*; de anhelos
Imposibles; de plantas que punzan los abrojos.....
¡De nombres que son lágrimas eternas en los ojos!

En su alma cantaba la Armonía.

El piano,
Amado confidente, fue dócil á su mano,
Y evocaban sus notas las leyendas del Rhin;
La barca con el cisne del rubio Lohengrin;

La luna sobre campos cubiertos por la nieve;
La luna sobre lagos y sobre el mar; el leve
Rumor del aura; el beso de un labio en la agonía;
Las flores del sepulcro; la cama dura y fría
De tierra donde duerme lo que en la vida amamos;
La trenza de cabellos que en lágrimas bañamos;
Por el sér que agoniza la postrimer plegaria,
Y el grito en las tinieblas del alma solitaria.

A mi memoria vuelve, como en felices días,
A evocar del pasado recuerdos y alegrías;
La muerte, de sus sombras calladas, la devuelve
Intacta ante mis ojos, y torno á verla.

Y vuelve
De traje gris vestida, su color preferido;
Un ramo de violetas sobre el pecho prendido
(Las flores que ella amaba); la cabellera oscura
Y crespada, en dos partida; delgada la cintura;
Esbelta; el busto breve como de estatua griega;
Pálida como lago tranquilo donde riega
Su luz la luna en noche de invierno; las pupilas
Negras, con puntos de oro, y en torno azules lilas;
La voz nerviosa y rápida; larga y fina la mano;
La boca, dos botones de rosa en el verano,
Y como perla de agua, que al claro sol se irisa,
Como radiante estrella, su púdica sonrisa.

Así fue, y así vive. Vive así, casta y pura,
En mi memoria, espejo de esplende su hermosura
De nostálgica virgen, con nostalgia del cielo,
Con nostalgia de mundos que conoció su anhelo,
Con nostalgia de edades remotas. Es la estrella
Que surge de las sombras, más diáfana y más bella.

Como tronchado lirio la vi sobre su lecho,
Como una flor de nieve: las manos sobre el pecho
Y un crucifijo en ellas; el cuerpo frío, inerte;
En sus mejillas pálidas las huellas de la muerte;
Entornados los ojos: la nariz afilada,
Y mustia ya la boca, como una rosa ajada.
Entonces, junto á ella, mudo caí de hinojos,
Postrada el alma, y llenos de lágrimas los ojos,
Y como ofrenda última de un casto y triste amor,
Cubrí de blancas flores aquella muerta flor.

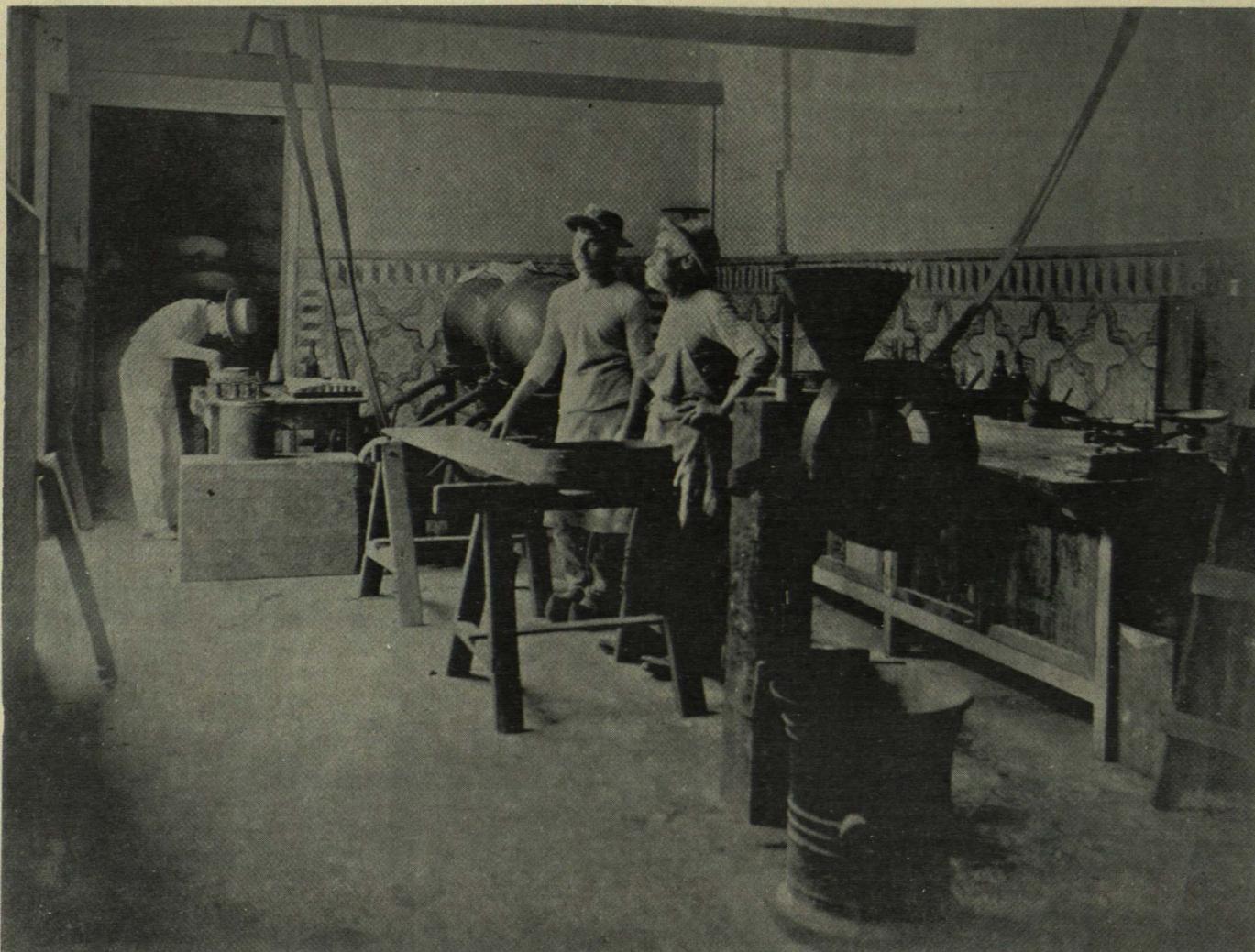
Amó? ¿Cruzó sus éxtasis una imagen querida?
¿De un ideal Ensueño fue sólo prometida?
Cuando en las tardes grises, sentada en su ventana,
Hundía las pupilas en la extensión lejana,
¿El que la amó en silencio, y ambicionó la gloria
Por ella solamente, pasó por su memoria?
En las noches sin sueño, cuando callaba todo
En su alcoba de virgen, y, en la almohada el codo,
A la luz de una lámpara, dejaba el pensamiento
Libre vagar, cual ave que va á merced del viento,
¿No evocó su memoria los tristes corazones
Que vieron en silencio morir sus ilusiones,
Que nunca su ternura quisieron compartida,
Y sin amor pasaron callados por la vida?
¿De niveos azahares la cabellera ornada,
De blanco, y con el velo de casta desposada,
Vió su noche de bodas, y vió el hogar tranquilo,
La alcoba en la penumbra, de un puro amor asilo,
Y con el alma inquieta, y el corazón opreso,
Sintió sobre sus labios el anhelado beso?
Amó? ¿Cruzó sus sueños una imagen querida?.....

Dormid, dormid con ella, secretos de su vida,
En tanta que en silencio, y en noche sin aurora,
Un alma, sola y triste, sobre su tumba llora.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.



(JMH)



CARACAS: Interior de los talleres de la Panadería de los señores P. Ramella Sucesores

TRABAJADORES

Labor ipse voluptas.

Sería asunto de otro lugar y de prolijo estudio, descubrir y señalar las causas que han venido ahuyentando lentamente del ánimo de los impulsores de la prosperidad pública, las nociones en las cuales reside el secreto de ésta.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la idea del trabajo, la fe en sus virtudes y la confianza en la eficacia del esfuerzo individual ó colectivo,—aplicados constante y tenazmente, á un propósito de progreso,—han venido debilitándose tanto, que ya no asombra por su triste originalidad la generalización del lamentable concepto de que el trabajo, sus luchas y sus victorias no son obra ni constituyen recomendación de excelencia y de honor, sino una, menos que dura y expiatoria, dolorosa fatalidad, propia para gaje ó castigo de ideólogos y soñadores.

Sería, por consiguiente, hasta de grave peligro para la asociación que semejante

criterio se sobrepusiese al de la justicia y el buen sentido, si no lo evitasen iniciativas todavía vivientes, esfuerzos aún prestigiosos, opuestos al desgraciado error de que el capital no sea sencillamente trabajo transformado.

Tales reflexiones nos hicimos días pasados, al tropezar con el caso de que hay todavía quienes conserven íntegro y en todo vigor el propósito de contestar victoriosamente con el trabajo los fecundos expedientes de la holgazanería, cómplice infeliz de la adversidad.

Es, sin duda, consolador el espectáculo de un hombre joven, espléndido de salud y de entusiasmo, que durante larga lucha continúe acariciando el ideal de dar un impulso fuerte—con toda la energía que en él debe suponerse—á las promesas y esperanzas del esfuerzo industrial y del bienestar colectivo, como nos lo ha hecho ver—en la ocasión mencionada—el señor Ramella, invitándonos á presenciar cómo insiste él, con una sana alegría de buen gigante feliz, en exaltar el mérito de sus empresas y mos-

trar el fervor de su certidumbre en el éxito.

Dueño de una industria sostenida á poder de constancia, lejos de dejarla expuesta á la consunción de estériles contingencias, la acaba de devolver á sus negocios, transformada y utilizada en mejoras materiales é industriales, que dan excelencia y superioridad á sus productos, á fin de que su oferta vaya de antemano abonada á vista de todos con la credencial de su calidad.

Así, los antiguos talleres y oficinas interiores de la *Marca «R»*—tradicional en nuestras industrias—han sido reformados desde las bases, distribuidos en cuatro departamentos especiales y provistos de todos los elementos indispensables, ya que el objetivo del señor Ramella es entregar á la circulación un producto que desde el taller mismo pueda fiscalizar el público y asegurarse por propia observación de su bondad y pureza de procedencia.

Como lo hacen ver las fotografías obtenidas, los departamentos están embal-



CARACAS: Interior de los talleres de la Panadería de los señores P. Ramella Sucesores

dosados de mosaico y las paredes cubiertas de lozas hasta el techo, que se halla también nutridamente recubierto, de manera que se haga imposible la existencia de insectos, residuos ni partículas de sustancias extrañas al material de elaboración. Diariamente, fuertes mangas de agua conservan en perfecto estado de aseó los pisos, paredes y techos interiores.

Los mencionados departamentos quedan perfectamente aislados unos de otros, para mejor conservación de su limpieza, de modo que los hornos apenas dejan ver las compuertas que los cierran, incrustadas en paredes refractarias. En conjunto, de la vista de todos los talleres, hogares, laboratorios y depósitos, no se domina sino la galería de máquinas, movidas á vapor y electricidad, pues todo lo restante permanece tras cerraduras, libre del acceso de toda impureza.

En medio de los empeños que por abatir el ánimo hacen todas las corrientes del pesimismo, merece aprecio esta clase de hombres fuertes y tenaces, que saben ofrecer enseñanza práctica de fe y de labor.

BLOY G. GONZALEZ.

DE MI CARTERA

(LIBRO INÉDITO)

— QUE QUÉ

—¿Qué dice usted?

—¿Que qué digo? Digo que qué hemos de pensar acerca de las mil dificultades aparejadas al estudio de nuestra lengua, cuando vemos que hasta las reglas gramaticales más claras y sencillas ofuscan amenudo la razón de los más entendidos maestros. Diametralmente opuesta á la gramática castellana, á la lógica y al uso general é histórico, contemporáneo y clásico, es la siguiente lección que copio de las páginas 81 y 82 de *El Castellano en Venezuela*:

«El señor pregunta *que qué* dice usted—oímos todos á cada paso. Es un uso mal sonante y debe evitarse cuando la frase no sea ponderativa ó admirativa.

«No obstante debe consolarnos la consideración de que es muy viejo en el castellano:

«Entendíogelo un cangrejo é preguntole *que qué* había.»—MOCHAFÁ. *Calila e Dymna*. Cap. III). «Quiero preguntar *que quién* es, con dolor de mi corazón: ¡Quién sois!»—LOPE DE RUEDA. *La Carábula*.—«Escribíome poco antes que muriese *que qué* medio tenía.»—SANTA TERESA.—*Libro de su vida*. P.P. Cap. XXXVIII). «En esta manera de lenguaje me preguntó *que qué* hacía

en aquel su jardín».—CERVANTES. *Quijote*. Prim Part. Cap. XII).

«En el ejemplo de Lope de Rueda es un puro ripio. En casos como el que sigue de Santa Teresa no es censurable porque le da viveza y expresión á la frase:

«No sabía qué hacer porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto, y no por humilde, sino porque me parece que había de burlar de mí y decir *que qué* San Pablo para ver cosas del cielo». SANTA TERESA. *Libro de su vida*. Part Prim XXXVIII).

Una de dos: ó el autor de esa lección ignora absolutamente el asunto de que se trata, ó se propuso reformar el idioma en un punto por todo extremo irreformable. ¿Conque ese *que qué* es un uso mal sonante que debe evitarse, y en el último ejemplo de Santa Teresa *no es censurable* PORQUE DA VIVEZA etc? ¿Conque las proposiciones indirectamente interrogativas, como la puesta al principio de la malaventurada lección, no están, para el efecto, en el mismísimo caso de las admirativas y ponderativas? ¿Conque no hay diferencia alguna entre el ejemplo de Cervantes, construido con el verbo *preguntar*, y el de Santa Teresa construido con el verbo *escribir*?...

Tratemos de explicar todo eso volviendo por los fueros de la gramática y de la lógica, por la integridad de nuestra hermosa lengua, por la venerable



UNA SORPRESA. — Cuadro de J. J. Canale Zurigoja

autoridad del uso y por el prestigio de la Santa Doctora. Veamos en primer lugar cómo el uso tan de memoria baldonado en *El Castellano en Venezuela*, es, en determinados casos, gramaticalmente necesario, lógicamente necesario y tan absolutamente necesario que no podemos evitarlo sin exponernos á decir algo muy diferente de lo que por medio de él nos propusimos. Un ejemplo:

«Luis dice *que qué* libros tiene Juan».

Tenemos ahí dos proposiciones, de las cuales la segunda es interrogativa indirecta. Tenemos ahí dos *que*, de los cuales el primero es anunciativo, sustantivo neutro que enlaza las dos proposiciones y tiene el valor de *esto*:

«Luis dice *esto*: ¿qué libros tiene Juan?»

El segundo *qué*, escrito así con acento señalado á causa de la interrogación indirecta, forma parte principalísima de lo que Luis dice, esto es, de la segunda proposición, es adjetivo que con libros forma el complemento acusativo de *tiene*, y equivale á *cuales*:

«Luis dice *esto*: ¿*cuales* libros tiene Juan?»

«Luis dice *que qué* libros tiene Juan».

Los dos *que*, pues, son enteramente distintos entre sí por razón de su significación, aunque por razón de su estructura se diferencian sólo por el acento, y cada uno de ellos representa un elemento especial de la oración. Probemos de suprimir uno de esos *que*, y la oración cambiará de sentido. Suprimamos el primero, el *que* anunciativo que enlaza las dos proposiciones:

«Luis dice *qué* libros tiene Juan».

A esto puede responder cualquiera:

«Pues si Luis dice *qué* libros tiene Juan, *cuales* libros tiene Juan, será porque Luis sabe los libros que Juan tiene». Por donde se ve que la supresión del anunciativo cambió el sentido de la oración, ó, á mucho conceder, lo hizo anfibológico.

Dejemos, pues, el anunciativo y suprimamos el segundo, el *qué* adjetivo, parte integrante de la segunda proposición:

«Luis dice *que* libros tiene Juan».

Dijimos que ese *que* (sin acento) sustantivo neutro que en este caso sirve para enlazar dos proposiciones, equivale al demostrativo *esto*; de modo que ahí dice:

«Luis dice *esto*: libros tiene Juan».

La segunda proposición cambió su sentido, pasó á ser afirmativa y no interrogativa indirecta; y á tal requerimiento puedo responder así: «Si Luis dice—*libros tiene Juan*—es porque Luis sabe muy bien que Juan tiene libros, como libros tiene Luis»....

—No, señor, lo que Luis dice es *que qué* libros tiene Juan.

—Acabáramos: dígame *que qué* ganaría él con saberlo.

Correctamente escribo:

«Luis dijo *que qué* libros tenía Juan y este le contestó *que qué* ganaría él con saberlo». Y no podré suprimir el *que* anunciativo, para expresar lo mismo sin verme obligado á buscar otro giro tan gramatical como ese, pero enteramente distinto, ó empleando la forma dramática, así:

Luis—¿Qué libros tiene Juan?

Juan—¿Qué ganaría usted con saberlo?

Por otra parte: si lo dicho por Luis no empezara por *qué*, si lo que Luis desea saber no fuera *qué* sino *dónde*, *cómo*, *cuándo* ó *quién*, (como en el ejemplo de Lope de Rueda), ¿qué suprimiríamos?

«Luis dice *que quién* mató la vaca.»
¿Podemos suprimir algo? Si suprimimos *quién*, destruimos la proposición expresada por Luis; si suprimimos el anunciativo *que*, cambiamos el sentido de la oración:

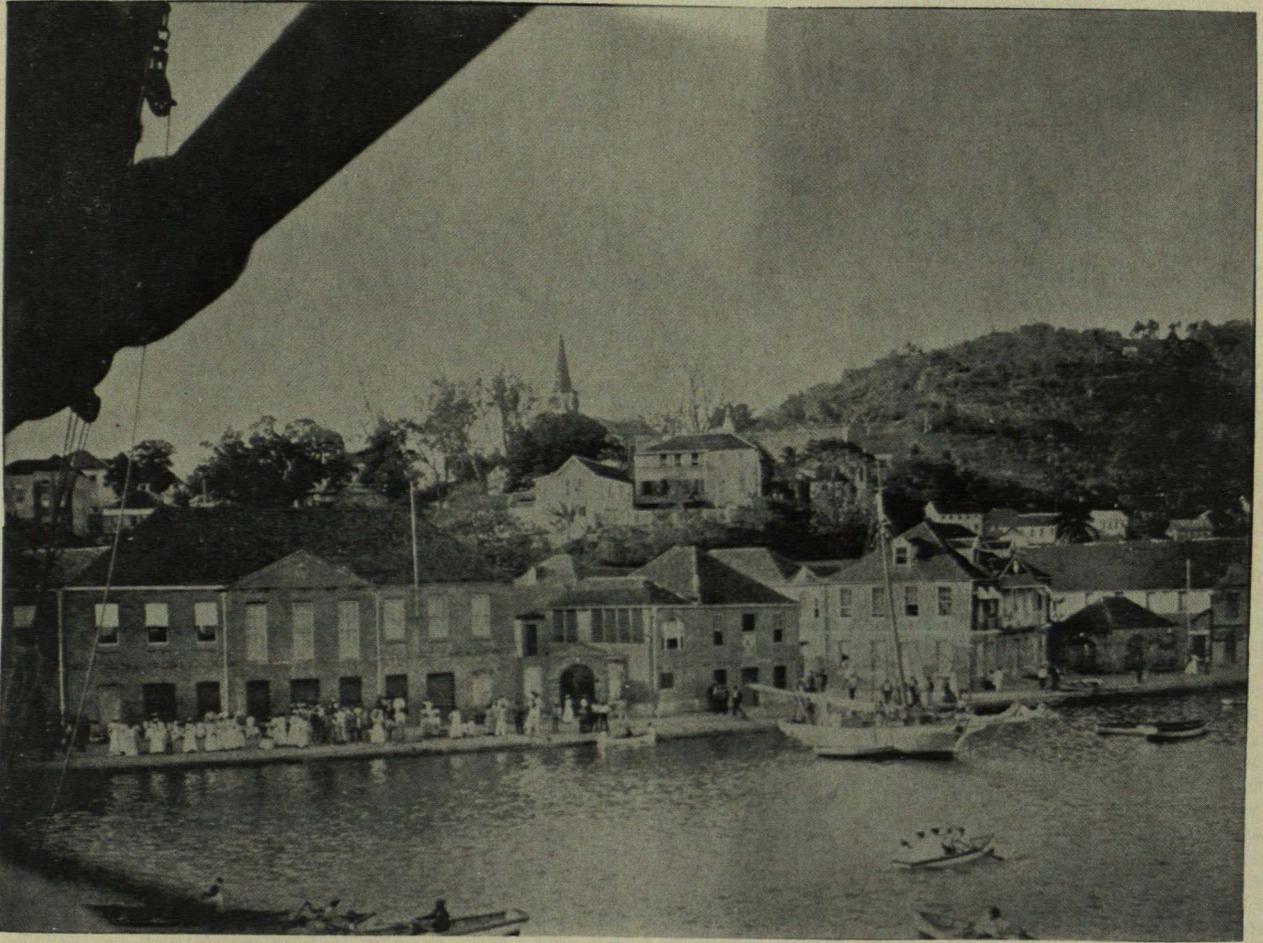
«Luis dice *quién* mató la vaca».

Pues si dice *quién* la mató será porque lo sabe; como si dice *que quién* la mató, será porque lo pregunta.

En resumen de lo explicado por medio de esos ejemplos: no podemos en tales casos suprimir el *que* anunciativo, porque es de rigor gramatical expresarlo; no podemos suprimir el *qué* adjetivo, ó sustantivo que sea, sin destruir la segunda proposición; no podemos suprimir ninguno de los dos sin alterar el sentido de la oración.

Lo que la gramática castellana nos enseña en este punto, es que ese *que qué* es ineludible en las tales construcciones con el verbo *Decir* en su acepción de *Preguntar* y con cualquiera otro verbo que pueda hacer sus veces, como *escribir* (cuando significa *decir por escrito*), *contestar*, *responder*, *replicar* y algunos otros, muy pocos, por cierto; y que con el verbo *preguntar*, es pleonástico, pero que está autorizado por el uso, como lo están muchísimos otros pleonismos en el castellano y en todas las lenguas.

Con el verbo *preguntar* es pleonástico el uso en cuestión, porque este verbo lleva envuelto el anunciativo *que*, lo cual no ocurre con el verbo *decir*, ni



VISTA DE GRANADA. — Fotografía del señor J. M. Burgos. — Caracas

con el verbo *contestar*, ni con el verbo *responder*, ni con el verbo *replicar*, ni con el verbo *escribir* cuando significa *preguntar por escrito*:

«Luis pregunta *que* *quién* mató la vaca».

Si suprimimos el anunciativo *que*, no sólo no alteramos el sentido de la oración, sino que limpiamos ésta de una palabra superflua y nos expresamos con más elegante concisión y sin sombra de anfibología:

«Luis pregunta *quién* mató la vaca».

No atendió el señor Julio Calcaño á esa lección de la gramática y de la lógica y por eso incluyó el primer ejemplo de Santa Teresa, construido con el verbo *escribir*, entre los de Cervantes y Lope de Rueda, contruidos con el verbo *preguntar*. No quiso observar la diferencia notabilísima ya dicha que existe entre los verbos *decir* y *preguntar*; notó sí, que el segundo ejemplo de Santa Teresa le sonaba mejor que el de Cervantes, sin darse cuenta de que la diferencia estaba en el uso del verbo *decir*, y afirmó desacertadamente que *no es censurable porque le da viveza y expresión á la frase*, lo que la ilustre Doctora escribió por absoluta necesidad, ajustada estrictamente á la gramática y á la lógica.

En el primer ejemplo de Santa Teresa, construido con el verbo *escribir*, este verbo está en el mismo caso del verbo *decir* en su acepción de *preguntar*, y por

razón de su naturaleza no lleva envuelto el anunciativo *que* como lo lleva el verbo *preguntar*.

«Escribiome *que* *qué* medio tenía».

Suprimase el anunciativo *que*, y la oración cambiará de sentido como en las oraciones construidas con el verbo *decir*.

Nótense también dos circunstancias especialísimas de la proposición subordinada: el sujeto tácito y el verbo en copretérito. Por estas dos circunstancias, la elisión del *que* anunciativo, después de cambiar el sentido de la oración, como está dicho, nos niega además el único medio que teníamos para conocer el sujeto de la segunda proposición:

«Escribiome *que* *qué* medio tenía (Yo). «Escribiome *qué* medio tenía». (¿Quién? ¿Quién tenía? Él? ¿El autor de la carta? Yo?...)

En esta vacilación el sentido común se decide por la tercera persona. En el primer caso:—«escribiome *que* *qué* medio tenía»—el verbo *escribir* significa *preguntar* (preguntar por escrito); mientras que en el segundo, elidido el *que* anunciativo, significa *decir* en su sentido recto.

Por la misma razón: en «Dijome *que* *qué* deseaba», el verbo *decir* significa *preguntar*; y si suprimimos el anunciativo *que*, el verbo pasa inmediatamente á su sentido recto, y el sujeto tácito de la segunda proposición, que antes era

yo, se cambia por *él* ó *ella*, según el sujeto de la primera:

«Dijome *que* *qué* deseaba» (Yo).

«Dijome *qué* deseaba» (El ó ella).

Así queda demostrada hasta la evidencia, la injusticia ciega con que el señor Calcaño baldonó los ejemplos de Santa Teresa, de Cervantes, y en una palabra, el uso en cuestión.

Veamos ahora algunas oraciones de otra especie, en la cuales, como en las anteriores, acaece la concurrencia de dos *que*.

«Es mejor tener *qué* perder *que* *qué* buscar».

De los dos *que* juntos el primero es conjunción comparativa y el segundo es sustantivo equivalente á *qué cosa* ó *que cosas*. ¿Podremos elidir alguno de ellos sin alterar el sentido de la oración? De ninguna manera. Lo que puede hacerse es introducir un *no* pleonástico como en este ejemplo de Jovellanos citado por Bello:—«Siendo la marina el único ó casi el único consumidor de esta especie de madera, es más natural que dé la ley *que no que* la reciba».

Peró eso no quiere decir que el primer ejemplo, sin el pleonismo, no sea correctísimo. El uso del pleonástico *no*, en estos casos, es tan arbitrario como el uso del *que* pleonástico en las oraciones interrogativas construidas con el verbo *preguntar*; el que buenamente quiere seguirlo, lo sigue, y el que no, no peca

contra la gramática castellana; y es bueno advertir que algunas veces el uso de ese *no* pleonástico puede hacernos caer en lo mismo que por medio de él procuramos evitar:

«Más quiero que te mueras
Que *no que no* me quieras».

Popular.

La concurrencia obligada de dos *que* enteramente iguales por razón de su significación, no ocurre jamás en el castellano; la *repetición* propiamente dicha, no existe en el uso de *que* tratamos.

Lo que hay es que en nuestra lengua la conjunción *que*, el adjetivo *que*, el sustantivo femenino *que*, el neutro *que*, etc., etc., con ser voces de muy distinta significación entre sí, son idénticas en cuanto á su estructura material, y sólo en ciertos casos se diferencian por el acento, como se diferencian *esta* y *está*, *de* y *dé*, *se* y *sé*, etc., etc. Esto mismo ocurre en varias lenguas, ó mejor dicho, en todas las que contienen palabras de diversos sentidos. Los ingleses tienen *that* (*que* relativo) *that* (*que* conjunción) *that* (*eso, ese, esa, aquel, etc.*) y no se les ha ocurrido ver una verdadera repetición en la concurrencia de dos ó más *that* como en esta frase:—Do you think *that that* man could have said such a thing? (*Raimond*). O en esta otra de la gramática de Alfred West:

«You declared *that that that that* man said was untrue».

Así no se nos ocurre á nosotros censurar como *repetición* la concurrencia de dos vocablos materialmente iguales que ocurre en la siguiente frase:

«Me agrada más su casa que la mía: *esta está mal situada*».

Y la misma razón que nos asiste para no ver repetición alguna en esa frase, ha de alumbrarnos el seso para distinguir el valor respectivo de los dos *que* juntos, haciéndonos comprender que son dos elementos muy distintos entre sí en cuanto á su significación, muy semejantes en cuanto á su forma, y absolutamente necesarios á la expresión clara de nuestros pensamientos.

Ante la claridad, la precisión, la perspicuidad en lo que deseamos expresar por medio de la lengua, ó hablada ó escrita, la razón de que una frase *es mal sonante* á causa de una simple cacofonía, no tiene valor alguno; y si nos empeñáramos en concederle algún valor, sacrificaríamos desatinadamente el sentido á la armonía, el fondo á la forma.

Bien sé que el relativo *que* puede elidirse correctamente en algunos casos; pero es en aquellos indicados por la razón y previstos por la gramática en que su elisión no produce confusión alguna ni perjudica la perspicuidad de la lengua; y por eso los escritores que tal olvidan y eliden el *que* á trochemoche todas las veces que se les antoja, dicen muchas otras lo que no quisieran, nos ponen á adivinar sus pensamientos y producen esos atrofiados párrafos rencos y tartamudos con que van arrastrando la lengua castellana.

Concluyo. Creyendo el ilustrado señor Julio Calcaño—á causa sin duda de una de esas aberraciones comunes á todos los hombres—que el correctísimo *que qué* era un abominable ripio de Santa Teresa y de Cervantes, dice: «debe consolarnos la consideración de que es muy viejo en el castellano»....

Pero... más viejo es el no saber gramática, y los que no la sabemos no hemos de consolarnos en semejante consideración, sino en la bendecida posibilidad que tenemos de recurrir á nuestro sabio maestro don Andrés Bello, quien nos enseña lecciones como esta:

«El anunciativo *que* no precede á las proposiciones indirectamente interrogativas sino en dos casos: después del verbo *decir* cuando significa *preguntar*:—«*Dijole que dónde quedaba su amigo*», «*que cómo se hallaba en aquel paraje*».....

«*Digo que qué* le iba á vuesa merced en volver tanto por aquella reina Majimasa ó como se llama».

CERVANTES.

«Me parece que había de burlar de mí y *decir que qué* San Pablo para ver cosas del cielo».

SANTA TERESA.

Y después del verbo *preguntar*: «*Preguntole que de quién se quejaba*», «*que á dónde se dirigía*».

Este *que* después del verbo *preguntar* es pleonástico, pero lo permite el uso». (BELLO. *Gramática de la lengua castellana*).

Recurriendo, pues, á Bello, nos consolamos porque aprendemos.

P. FORTOULT HURTADO.

Barbada: 1903.

EL VENCEDOR

Los mármoles en Delos sudaron amargura,
A la presión del numen nefasto de aquel día:
Se dobla, se desquicia la recta noble y pura
Del Partenón, vencido por la melancolía.

El arrayán del monte doblando su verdura—
Lloroso entre los juncos—formó una arcada umbría,
Y en ella las bacantes, sedientas de ternura,
Con Dionysos danzaron, en la última orgía.

Terrible, en el Pegaso, con su carcaj, sus lauros,
Se aleja el dios Apolo: lo siguen en tropeles
Ruidosos los pastores, las ninfas, los centauros.

Y lejos, sobre un flanco del Citerón, sereno,
Espiritual y triste, sin dardos ni laureles,
En un horrico asoma Jesús el Nazareno.

EL MÁRTIR

Después de haber llorado con Marta y con María,
Bañada por la tarde la faz de curva hebrea,
Hundido en las visiones que urdió la Profecía,
Avanza por la orilla del mar de Galilea.

Hacia Salem va el Hombre, á la ciudad impía
Donde el rabino avieso la púrpura pasea,
Donde pondrá á sus plantas la muchedumbre un día
Las palmas que nutrieron los montes de Judea.

Extiende la mirada por la extensión, y absorbe
En el profundo cerco del ojo triste y manso
Toda la luz caída sobre la faz del orbe.

Y, al columbrar el astro que arriba, como un cirio,
Anuncia á los que lloran el reino del descanso,
Le invade la grandiosa neurosis del martirio.

FRANCISCO VALENCIA.

CREPUSCULAR

Lentamente la tarde entre sus nieblas
Los cielos envolvía
Y mi alma se anegaba en la tristeza
De aquel sereno declinar del día!

¿Hacia dónde mi espíritu, volaba,
En alas de la tarde silenciosa?
¿Qué ruta misteriosa
Mi pensamiento con afán buscaba
A través de la niebla y la radiosa
Floración que en Ocaso germinaba?

¡Viajaba hacia el ayer! que por doquiera
Se muestra á mí con incesante anhelo
Ya en los giros de raudas golondrinas,
Ya en la postrera
Melancólica luz que cae del cielo,
Ya en la campana
Que en las calladas horas vespertinas
Esparce la frescura de sus notas
Sobre almas y neblinas!

Viajaba hacia el ayer, do canta el ave
Del recuerdo las viejas ilusiones,
Cigarras de la vida que no saben
Lanzar fuera de sí los corazones!
. . . . Y al través de las brumas de esa noche
Te miraban mis ojos,
Mi ensueño acariciando y mi ternura
Con la sonrisa de tus labios rojos!

FELIPE VALDERRAMA.

LA GRUTA AZUL

(ISLA DE CAPRI)

Al Duque de Rivas.

Del mar siguiendo el armonioso giro,
Rasa el esquiife la empinada roca
En donde, aislado en su soberbia loca,
Buscó Tiberio su postrer retiro.

De pronto, hundirse entre las peñas miro
La leve barca por estrecha boca,
Y entro en la gruta, do la luz retoca
Aire y agua con tintas de zafiro.

A este palacio azul de la Alegría
El fantasma imperial, ya decadente,
Para calmar su lasitud venía;

Y al espaciarse en el cerúleo ambiente,
Un rayo de ilusión quizá sentía
Alegrar las arrugas de su frente.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Moduló amargas voces con el acre sistema
Que ciñó al trino nuevo de su flauta triunfal;
Domó metros indóciles; como vívida gema
Radió el verso en sus manos de Artífice real.

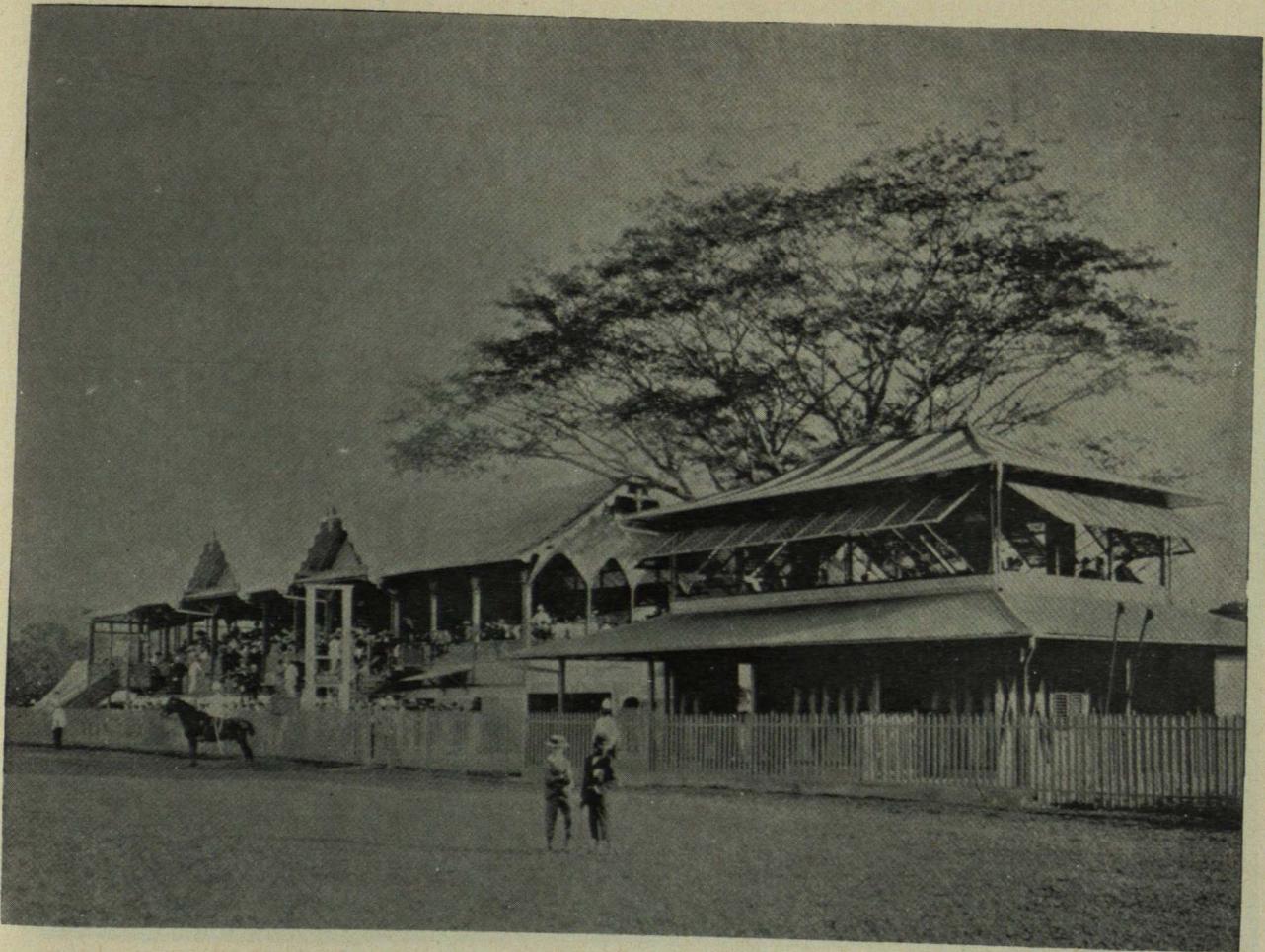
Cifró con modo exótico de delicia suprema
La armonía divina del supremo ideal,
Y lanzó en cierta hora nocturna, su anatema
De una vida insufrible sobre el lánguido erial.

Soñó un Kosmos fantástico; le prestó Filomena
Gorgeos orquestales para su cantinela.....
Fue Wagner con el ritmo, Fidiás con el cincel;

Hoy duerme el mejor sueño bajo la tierra amiga,
Y en mí sér la simiente de sus versos, espiga
Como una flor bendita ó un místico laurel.

C. VILLAFANE.

Colombia.



PUERTO ESPAÑA - TRINIDAD: Las tribunas del Hipódromo. — Fotografía del señor J. M. Burgos — Caracas

EL ALMA DEL POETA

—

Poema fantástico en tres cantos

POR DIEGO JUGO RAMÍREZ

—

CANTO TERCERO

I

Era noche: descansaba
El triste Bardo en su lecho,
Cuando la opresión del pecho
Le anunció que se asfixiaba.
Humo denso penetraba
Por un postigo entreabierto;
Y, aún no del todo despierto,
Con la capa se abrigó,
Y á la calle se lanzó
En rápido desconcierto.

Ya las llamas envolvían,
Como en ardiente sudario,
El recinto hospitalario;
Y los huéspedes hūfan.
Lenguas de fuego lamían
Los maderos, y á su aliento
Que inflamaba más el viento,
En carbones convertidos,
Se apilaban encendidos
En el ancho pavimento.

¡Cuántos ayes! qué terror
El de aquella muchedumbre,
Que entre raudales de lumbre
Escapa de su furor!
Llanto de acerbo dolor
De una madre que clamaba

Por sus hijos, aterraba
Con sus roncós alaridos,
Que no eran atendidos
Por el pavor que reinaba.

Todo es miedo y confusión
Cuanto la turba respira,
Que egoísta sólo mira
Su propia desolación.
¿A quién tendrá compasión,
Cuando con horror advierte,
El peligro, de tal suerte,
Que aún en la fuga emprendida
Habrá de exponer la vida
Para escapar de la muerte?

Nadie á la madre consuela,
Nadie atiende á sus clamores;
Y se aumentan sus dolores,
Y rápido el tiempo vuela.
Mas, el salvador que anhela,
Surge entre escombros que saltan;
Las llamas de rojo esmaltan
Sus grandes ojos azules,
Y como heráldicos gules,
Entre orlas negras resaltan.

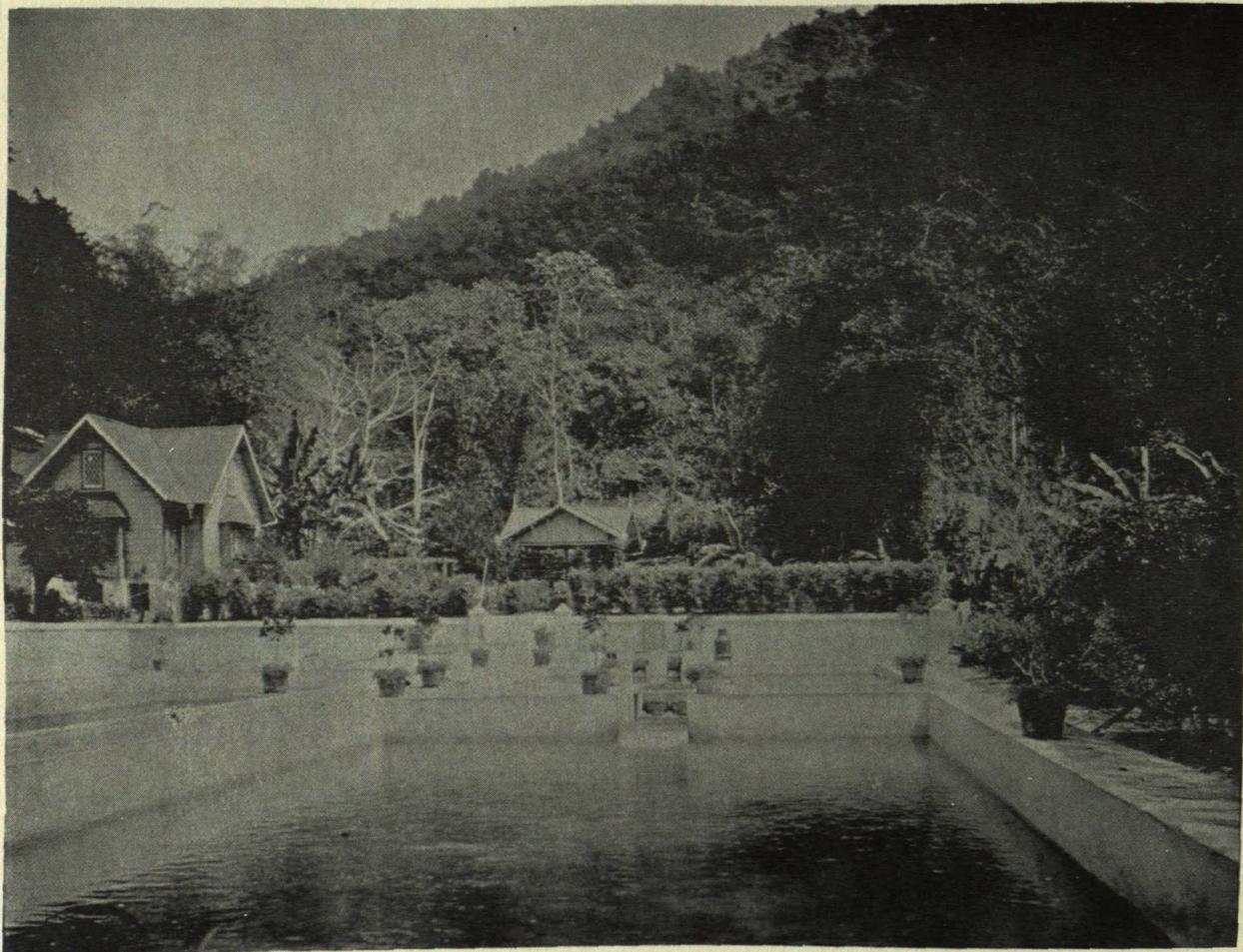
Envuelto en largo ropaje
Que acrecienta su estatura,
Miran como una locura
Todos su noble coraje.
Las llamas el negro traje
Lamen, hambrientas de arder;
Y su talante es de ver
Cuando impávido se lanza,
Y entre las llamas avanza,
Las ruínas á recorrer.

Por entre escombros camina;
Ruge el incendio á su paso;
Ya aspira el aliento escaso
Y su pujanza declina.
La turba inquieta imagina
Que va entre el fuego á expirar,
Cuando le miran trepar,
Con planta firme y ligera,
Por encendida escalera,
Y á una alcoba penetrar.

Arde todo en su redor:
Como serpientes de fuego
Las llamas suben, y luégo
Se retuercen con furor;
El silencio del terror
Domina la multitud,
Que, en atónita actitud,
No se cansa de admirar
Aquel acto singular
De heroísmo y de virtud.

La madre sigue anhelante
Aquella terrible escena;
La angustia que la enajena
Desfigura su semblante;
Pide, con ruego incesante,
Que le devuelvan sus hijos;
Con los ojos siempre fijos
En el feroz elemento,
Que es causa de su tormento
Y de sus duelos prolijos.

Luégo, aquella incertidumbre
Se convierte en desconsuelo,
Cuando ven venir al suelo
La desplomada techumbre.



PUERTO ESPAÑA - TRINIDAD: Acueducto. — Fotografía del señor J. M. Burgos — Caracas

Al rendir su pesadumbre,
Con estruendoso crugido,
Se oyó profundo gemido;
Después..... silencio de muerte.....
Y la madre al punto inerte
Se desploma sin sentido.

Impulsada por el viento,
Lentamente se desliza
La nube de humo y ceniza
Y de polvo amarillento.
El incendio en tal momento
Adquiere nuevo vigor;
Y á su ardiente resplandor
Véase una sombra que avanza
A revivir la esperanza,
En noche de tanto horror.

Es él! es él! repetía
La muchedumbre gozosa;
Y la madre, temerosa,
A mirar no se atrevía.
En tanto el Vate seguía
Avanzando á paso lento,
Como si faltara aliento
A su pecho sofocado;
Y es sollozo prolongado
Delator de su tormento.

En la capa recogida
Y sobre su pecho ocultos,
Lleva en los brazos dos bultos
Que afanoso observa y cuida.
Dos niños son cuya vida
Sin duda Dios protegió,
Que entre las llamas halló,

Llegando en hora oportuna,
Vivos en la misma cuna,
Y que del fuego libró.

Expirante casi llega;
Y, de la madre en los brazos,
Aquellos dulces pedazos
De sus entrañas entrega.
Un raudal de llanto anega
Sus ojos color de cielo;
Y, conseguido su anhelo,
No piensa sino en huir;
Mas, cuando quiere partir,
Postrado se rinde al suelo.

II

En miserable lecho
De un hospital, el cuerpo lacerado,
Tendido está el Poeta moribundo:
Respira apenas el herido pecho,
Y de su corazón atormentado
Ayes se exhalan de dolor profundo.

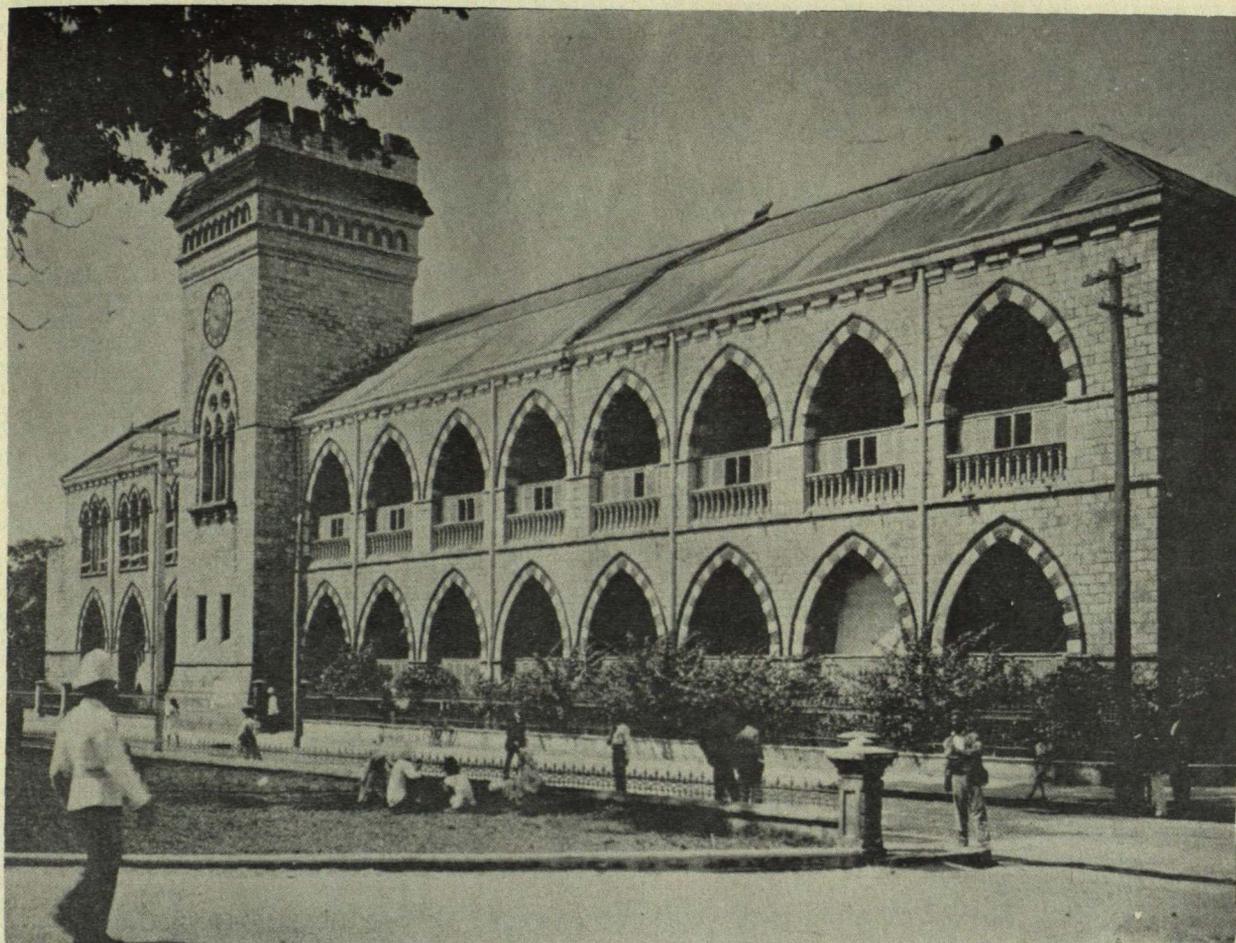
Patético silencio le rodea;
Y la nocturna lámpara que alumbraba
Con resplandor medroso la penumbra,
Cual si fuera á extinguirse, parpadea.

Su confesión ha oído
Y con el Pan Sagrado le da aliento
Para afrontar su agudo sufrimiento,
Un Reverendo Fraile, sorprendido
De las llamas al ver las rojas huellas;
Pues no puede explicarse cómo en ellas
No sucumbió el Poeta.—Dios lo quiso!

Dijo—y lanzó un suspiro de amargura;
Mientras del Vate con unción procura
El ánimo exaltar al Paraíso.

Al escuchar la voz del sacerdote,
Pretende el Bardo reprimirse en vano;
Y, extendiendo la mano,
—Perdonad, Padre mío, que yo agote
Vuestra paciencia—dice. En mi pupila
Hasta la luz ha muerto que vacila
En los ojos del niño cuando nace;
De Dios á la justicia así le place;
Yo la acato y bendigo; y sólo ruego,
Ya que me ha castigado de tal suerte
Que no puede seguirle el triste ciego,
Me guíe por la senda de la muerte
Al seno de la paz y del sosiego.
—Así lo hará el Señor. De su clemencia
Has de esperarlo todo; y si es acaso
Este tu triste y postrimero paso,
Tu expiación acepta con paciencia.
No dejes de valor el pecho exhausto;
Soporta resignado tu martirio,
Como soporta el perfumado cirio
La llama que lo extingue en holocausto.

A ser foco de luz en la existencia
Predestinado fuiste; y fuiste bueno;
Si un rapto de demencia
Te hizo apurar el infernal veneno,
Y mancillaste el alma y la conciencia
En mísero abandono,
Lamentando tu error, arrepentido,
Volviste á Dios el corazón herido;
En el nombre de Dios, yo te péro no!—



PUERTO ESPAÑA - TRINIDAD: Cuartel de Policía. — Fotografía del señor J. M. Burgos Caracas

Al oír el acento de ternura
Del santo Misionero,
Que respiraba mística dulzura,
Como aromas exhala el pebetero,
El Vate moribundo
Lanzó un lamento de dolor profundo.

De la divina Caridad la Hermana
Sus quemaduras venda y le propina,
Como benefactora medicina,
Una eficaz tisana
Que sus dolores calma en breve instante.
Al efecto inmediato del beleño
Desaparece la angustia del semblante,
Se apacigua su pecho palpitante
Y queda hundido en soporoso sueño.

III

Tiempo duró tan largo
Sumergido en aquel sopor profundo,
Que la Hermana, temiéndole á un letargo,
A su lecho acercóse con presteza,
Y el corazón pulsó del moribundo,
Inclinando, angustiada, la cabeza.
Pone atento el oído y pronto advierte
Que no respira, ni su pecho late;
Y compasiva llora al triste Vate
Ya dormido en los brazos de la muerte.

El sacerdote, abriendo su breviario,
Las plegarias recita por los muertos
En la suave salmodia del Santuario.
De pronto, en la indecible incertidumbre,
Muévense, entre los párpados abiertos,
Aquellos dulces ojos, que sin lumbre

Se dilatan inciertos,
Cual si temiesen recobrar la vida.
Después alza la diestra, y extendida,
Todo lo palpa en derredor del lecho,
En creciente ansiedad estremecida,
Y al volver á apoyarla sobre el pecho,
Prorrumpes en mar de lágrimas deshecho:
—Aun vivo en el dolor! Aun no rendida
De mi existencia está la dura carga;
Y es para mí la vida tan amarga,
Que por misericordia, oh Dios, te pido
Extingas en mi pecho dolorido
Este vital aliento que me embarga!
Y tú, Virgen María,
Madre gloriosa del tres veces santo,
Abrevia mi agonía;
Y, al inmortal seguro de tu manto,
Sálvame de la vida y su quebranto,
Que madre eres también del alma mía!

IV

Y con voz agonizante
Llama al sacerdote luégo;
El mortal desasosiego
Crece de instante en instante.

Oíd—dice—Padre mío:
Como bendito cordial
Vino un sueño celestial
A cautivar mi albedrío.

Sueño que á vencer alcanza
La inquietud de mi desvelo,
Pues en él he visto un cielo
De perdón y de esperanza.

Imponderable estertor
Me asaltó cuando dormía;
Era mi última agonía,
No sueño reparador.

El alma ansiosa escapó
De la cárcel de mi pecho
Y sobre este triste lecho
Extinto el cuerpo dejó;

Yo, lanzando agudo grito,
Me sentí arrancar del suelo
Y cruzar en alto vuelo
La región del infinito.

No movía el manso viento
La menor sombra importuna
Que empañara de la luna
El fulgor amarillento.

Tres genios á mi redor
Pulsaban sendos laúdes;
Eran las nobles Virtudes:
Esperanza, Fe y Amor.

Al angelical concerto
De celeste melodía,
En santa melancolía
Se extasiaba el pensamiento.

De aquellos himnos en pos
Se endulzan mis amarguras;
«¡Gloria á Dios en las alturas»,
Dice el canto. «Gloria á Dios!»

Y en veloz celeridad
Pasan ríos, mares, montes.....

Y más y más horizontes.....
Y siempre la inmensidad!

Y allá lejos una cumbre
Que alza hasta el cielo la frente;
Cifnela aureola ardiente,
Irradia rojiza lumbre.

Qué claridad! Cuánta luz!
Es la cumbre del Calvario!
¿Qué oculta el blanco sudario?
A Cristo muerto en la Cruz!

De dolor enajenado
Al pié de la Cruz caí,
Y bañado me sentí
En la sangre del costado;

Y con dolorido acento,
Vertiendo llanto exclamé:
—Ante tí, Señor, pequé;
Causa fui de tu tormento.

Ya que aplacar conseguí
De mi pecho la discordia,
Ten, Señor, misericordia,
Misericordia de mí!

Y aquellos raudales rojos
Que sobre mi faz caían,
Acreciendo, enrojecían
Con la sangre de mis ojos.

De nuevo entonces sonaron
Los seráficos laudes,
Y las excelsas Virtudes
Sobre sus alas me alzaron.

Y cuando el Cielo busqué,
Ardiendo en sagrado fuego,
Abrí mis ojos de ciego
Y á la vida desperté.

Tan agudo fué el dolor,
Al volver de mi delirio,
Que recrudeció el martirio
Nuevo afán devorador.

Consoladme, Padre mío!
Esta celestial visión
¿Será prenda de perdón,
O insensato desvario?

Será.....?
—Cese tu desvelo,
Mártir de la Caridad!
Dios, en su inmensa bondad,
Por premio te dará el cielo.

Esa divina Visión
Que ha endulzado tu amargura,
Es promesa de ventura,
Prenda de amor y perdón.

—Padre!
—Hijo!
—Dadme luz
En este supremo instante!
—Piensa en el Cristo espirante
Clavado sobre la Cruz.
—¡Cuánto sufro!

—Ten paciencia
Y más rico el galardón
Premiará la expiación
Que acrisoló tu existencia.

La eternidad te convida!
Piensa en Dios y serás fuerte:
—Padre! Cuán dulce es la muerte
Cuando causa horror la vida!

Ya se agota mi existencia.....
Ya cesa el dolor impío.....
Conduceme tú, ángel mío,
De mi Dios á la presencia;

Tú que á cumplir el misterio
De la humana expiación
Me trajiste á esta mansión,
Librame del cautiverio.....

Ya escucho la melodía
De los célicos laudes.....
¡Venid, egregias Virtudes,
A consagrar mi agonía!

Se acerca, oh Dios;..... ya llegó
La muerte..... la estoy sintiendo!.....
En tus manos encomiendo
Mi espíritu.—Y expiró!

EPÍLOGO

I
Se irguió el Misionero, tendidas las manos,
Y el cuerpo bendijo del Bardo infeliz;
Luégo, fervoroso, los dolientes salmos,
Con voz balbuciente, rezó de David.

II
En sus lábios trémulos sentidos resuenan
Aquellos profundos ayes de dolor,
Que al són del salterio cantó el Rey Profeta,
Plañendo su crimen, clamando perdón.

III
Cesaron las preces; la Hermana, llorosa,
Cubrió del cadáver la lívida faz:
Ya guarda tan sólo la estancia mortuoria
El búcaro exhausto de esencia inmortal.

FIN

Caracas: 15 de diciembre de 1902.

EL CANTOR DE KIMEA



AMINABA por el sendero que va siguiendo la playa á lo largo de las colinas. Una venda de lana roja ceñía su desnuda frente, cortada por arrugas profundas. Los rizos blancos de sus cabellos flotaban

al soplo del viento de la mar, y los copos de una barba de nieve se enroscaban en su cara. Su túnica y sus pies desnudos eran del color de los caminos en que vagaba desde hacía tantos años; una lira tosca pendía de su costado. Llamábanle el Anciano, también el Cantor. Los niños á quienes enseñaba la poesía y la música dábanle además otro nombre, y algunos le decían el Ciego, porque sobre sus pupilas empañadas por la edad caían unos párpados hinchados y enrojecidos por el humo de los hogares en que acostumbraba á sentarse para cantar; pero no vivía en una noche eterna y decían que le era dado ver lo que los demás humanos no ven. Desde hacía tres edades de hombres iba de ciudad en ciudad; y hé aquí que después de haber cantado un día entero en casa de un rey de Egea, tornaba á la suya cuyo techo humeante ya podía ver á lo lejos; porque habiendo caminado toda la noche sin parar, de miedo de que le sorprendiese el calor del día, descubrió á la luz de la aurora la blanca Kimea, su patria. Acompañado de su perro, apoyado en el báculo corvo, avanzaba con paso lento, erecto el cuerpo, alta la cabeza por un resto de vigor y para oponerse á la pendiente del camino que bajaba hacia un estrecho valle. El sol, al salir por

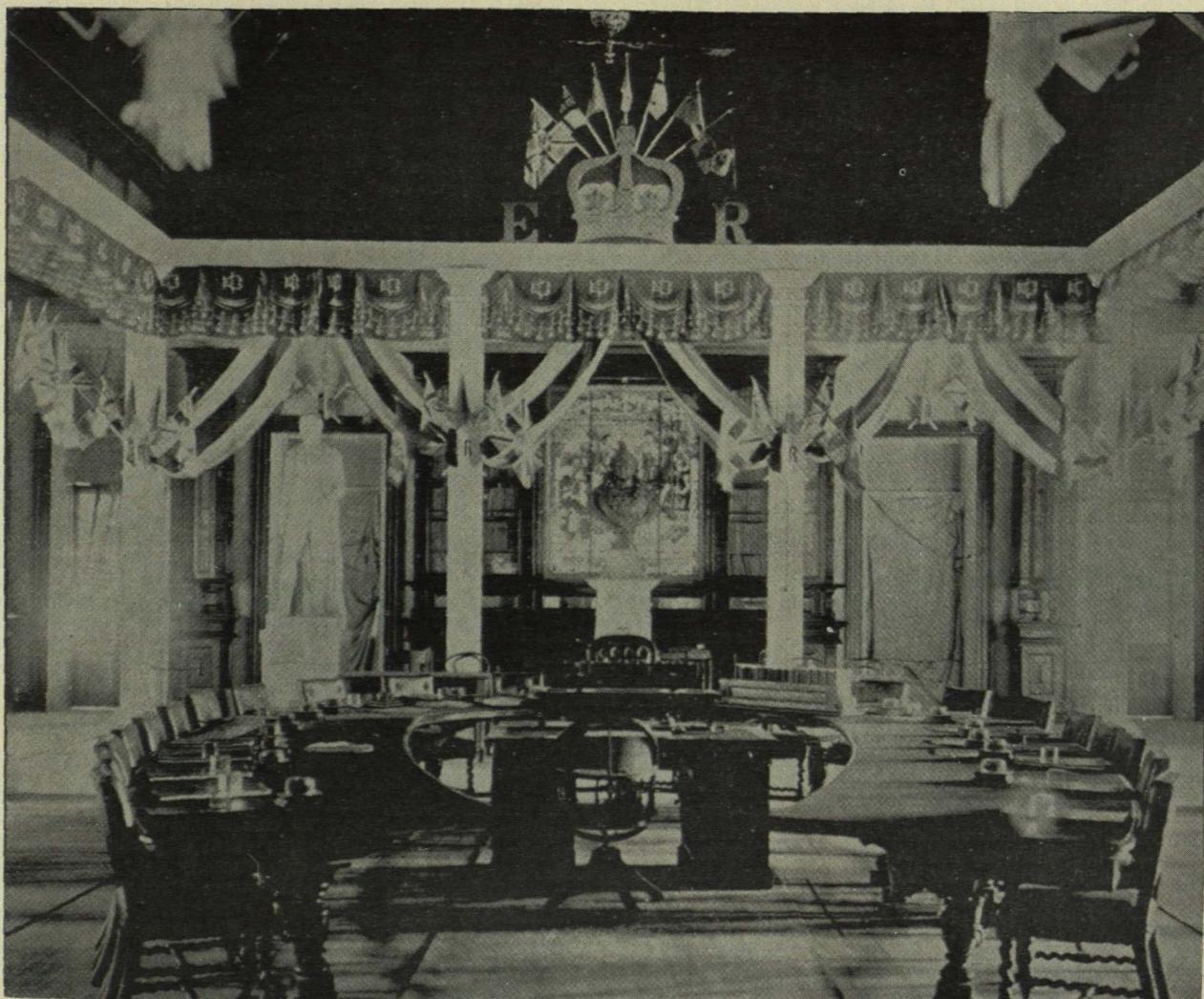
cima de las montañas de Asia, vestía con luz de color de rosa las nubes ligeras del cielo y las costas de las islas desparramadas sobre la mar. La playa chispeaba; pero las colinas que se extendían por el oriente, coronadas de lentiscos y tebitos, conservaban todavía en su sombra la suave frescura de la noche.

El Anciano midió en el suelo inclinado la distancia de doce veces doce lanzas y reconoció á la izquierda, en medio de las paredes de dos rocas gemelas, la entrada del bosque sagrado. Allí se alzaba, al borde de un manantial, un altar de piedras sin labrar. Cubríalo en parte un laurel con sus ramas cargadas de flores resplandecientes. Sobre el césped chafado, delante del altar, blanqueaban los huesos de las víctimas. Por todos lados en contorno veíanse ofrendas suspendidas de las ramas de los olivos. Más allá, en la sombra horrible del desfiladero, dos encinas horribles con descarnadas cabezas de toro clavadas en los troncos.

Sabedor de que este altar estaba consagrado á Febo, el viejo penetró en el bosque, y desprendiéndose del ciuto una pequeña copa de barro que de él traía colgada por el asa, se inclinó sobre el riachuelo que por un lecho de apios silvestres y berros corría en busca de la pradera, dando largas revueltas. Llenó la copa de agua fresca, y como era piadoso derramó antes de beber algunas gotas enfrente del altar. Adoraba á los dioses inmortales que no conocen el dolor ni la muerte, en tanto que sobre la tierra van sucediéndose las miserables generaciones de hombres. Entonces sintió espanto y temió las flechas del hijo de Leto. Agobiado de males y cargado de años, amaba la luz del sol y tenía miedo á la muerte, razón por la cual tuvo un buen pensamiento. Dobló el tronco flexible de un olmo, y trayéndolo á sí, suspendió la copa de arcilla de la cima del árbol tierno que al enderezarse llevó hacia el ancho cielo la ofrenda del anciano.

Ceñida de muros alzábase la blanca Kimea á orillas del mar. Una calzada montuosa y empedrada conducía á la puerta de la ciudad. Esta puerta había sido construída en tiempos de que ya no se guardaba memoria alguna y decían que era obra de los dioses. En la piedra del dintel veíanse grabados algunos signos que nadie sabía explicar, pero que se consideraban como signos favorables. A corta distancia se extendía la plaza pública en donde estaban debajo de los árboles, los bancos de los ancianos. El Cantor se detuvo en la plaza, del lado opuesto á la mar. Allí se hallaba su casa. Estrecha y baja no igualaba en belleza á la vecina, en donde vivía un adivino ilustre con sus hijos. Casi desaparecía la entrada debajo de un montón de basuras que escarbaba un cerdo con el hocico. El montón era mó dico, al revés de los que se ven en frente de las moradas de los ricos; pero detrás de la casa había un vergel y uuos establos que el Anciano había edificado él mismo con piedras toscas. El sol iba llegando á las alturas del cielo blanqueado; la brisa de la mar no soplabá ya; un fuego sutil, que flotaba en el aire, quemaba el pecho de los hombres y los animales. El Cantor se detuvo un momento en el umbral para limpiarse con la mano el sudor de la frente. El perro, inmóvil, con la lengua de fuera y el ojo atento, jadeaba.

La vieja Melanto, saliendo del fondo de la morada, apareció en la puerta y dijo algunas palabras cariñosas. Habíase hecho esperar, porque un dios puso en sus piernas un espíritu malo que las hinchaba y hacía más pesadas que dos odres de vino. Era una esclava cariana que un rey regaló al Cantor cuando éste estaba joven y lleno de vida; y como también era joven la esclava, concibió muchos hijos en el lecho de su nuevo



PUERTO ESPAÑA - TRINIDAD: Interior de la Casa Roja. — Fotografía del señor J. M. Burgos — Curacao

amo. Pero ya ninguno quedaba en la casa. Unos habían muerto, otros se habían ido lejos, para ejercer en las ciudades de los Acayos el arte del cantor ó el de constructor de carros, porque todos estaban dotados de espíritu ingenioso. Y Melanto vivía sola en la casa con Aretea su nuera y los hijos de ésta.

La esclava acompañó á su amo hasta la gran sala cubierta de vigas ahumadas, en medio de la cual veíase la piedra del hogar, llena de carbones rojos y de grasas derretidas, frente al altar doméstico. Alrededor de la sala aparecían dos pisos de habitaciones estrechas; una escala de madera conducía á los aposentos de las mujeres. Contra los pilares que sostenían el techo descansaban las armas de bronce que el anciano solía llevar en su juventud, cuando iba en pos de los reyes á las ciudades donde éstos, montados en sus carros, entraban á buscar hijos de Kimea robados por algún héroe. Colgando de una viga veíase un muslo de buey.

Los ancianos de la ciudad habíanlo enviado la víspera al Cantor para honrarle. Al verlo se alegró. Puesto de pie dejó escapar un fuerte resoplido de su pecho decaído por la edad, y sacó de la túnica, junto con algunos ajos, restos de su cena agreste, el regalo que había recibido del rey de Egea: una piedra caída del cielo, y preciosa porque contenía hierro, aunque demasiado pequeña para hacer con ella una pun-

ta de lanza. Traía además un guijarro que encontró en el camino. Mirándolo de cierta manera, este guijarro representaba la imagen de una cabeza de hombre. Y el Anciano, al mostrarlo á Melanto, dijo:

—Mujer, mira; este guijarro se parece á Pakoros el herrero. Una piedra no puede tener tanta semejanza con Pakoros sin permiso de los dioses.

Y cuando la vieja Melanto le hubo vertido agua sobre los pies y las manos para borrar el polvo que los manchaba, tomó entre ambos brazos el muslo del buey, llevólo al altar y comenzó á desollarlo. Como era juicioso y prudente no confiaba á las mujeres ni á los niños el cuidado de preparar los alimentos, y siguiendo el ejemplo de los reyes, cocinaba él mismo la carne de los animales.

Melanto, á su vez, atiza el fuego del hogar y sopla sobre la leña menuda, hasta que un dios la rodea de llamas; y aunque esta era tarea santa, el Anciano consentía en que la desempeñase una mujer, por motivo de la fatiga y de la vejez que lo abrumaba.

Cuando hubo surgido la llama, echó sobre ella las carnes, dándole vuelta con una horquilla de bronce. Sentado sobre los talones respiraba el humo acre que invadía la sala, haciendo brotar lágrimas de sus ojos; pero su espíritu no se irritaba por esto, á causa de la costumbre y porque este humo era señal de abundancia. A medida que la fuerza

invencible del fuego iba domando las carnes, llevaba los pedazos á la boca, y después de mascarlos lentamente con sus gastados dientes, tragaba en silencio. La vieja Melanto, de pie á su lado, le escanciaba el vino negro en una copa de arcilla, semejante á la que había dado al dios en ofrenda.

Aplacadas el hambre y la sed preguntó si todo iba bien en la casa y en el establo, inquiriendo acerca de la lana tejida en su ausencia, de los quesos puestos en la encella y de las aceitunas maduras para la prensa. Y pensando en que tenía pocos bienes, dijo:

—Los héroes mantienen en los prados rebaños de bueyes y de vacas; tienen muchos esclavos, hermosos y robustos; las puertas de sus casas son de marfil y bronce y sus mesas están cubiertas de cráteres de oro. El esfuerzo de su corazón les asegura riquezas que á veces conservan hasta la ancianidad. Verdad es que en mi juventud los igualaba yo en coraje; pero no tuve nunca caballos, ni carros, ni servidores, ni siquiera una armadura bastante gruesa para igualarlos en los combates y ganar en éstos tripodes de oro y mujeres de gran hermosura. El que á pie lucha con armas débiles, no puede matar muchos enemigos, porque teme la muerte. Así fue que peleando al pie de los muros de las ciudades, entre la multitud oscura de los servidores, nunca pude ganar ricos despojos.

La vieja Melanto respondió:

—La guerra proporciona riquezas á los hombres y también se las quita. Mi padre Kifos poseía en Milata un palacio y rebañíos sin número; pero unos hombres armados le quitaron todo y lo mataron. A mí me hicieron esclava; pero no fui maltratada porque era joven. Los jefes me recibieron en sus lechos y nunca me ha faltado el alimento. Mi último amo has sido tú y también el menos rico.

Hablaba sin alegría, pero asimismo sin tristeza.

El Anciano contestó:

—Melanto, no puedes quejarte de mí, porque siempre te traté con suavidad. No me lagas el cargo de no haber ganado grandes riquezas. Armeros y herreros hay que son ricos; los que son hábiles en el arte de construir carros sacan provecho de su trabajo; los adivinos reciben valiosos regalos; pero la vida de los cantores es dura.

La vieja Melanto dijo:

—La vida de muchos hombres es dura. Y con paso lento salió de la casa, para ir con su nuera á traer leña á la cueva. Era llegada la hora en que el ardor invencible del sol aniquila á hombres y animales y hace callar á los mismos pájaros en el follaje inmóvil. Al anciano se acostó sobre una estera, y después de velarse la faz, entregóse al descanso.

Mientras dormía visitáronle algunos sueños, ni más hermosos ni más extraños que los que diariamente tenía. Representábanle estos sueños imágenes de hombres y de animales. Y como iba reconociendo á los humanos que había visto cuando habitaban sobre la tierra florida, y que ahora yacían debajo de un túmulo después de perder la luz del día, persuadía de que las almas de los muertos flotaban en el aire, pero carecen de vigor y son así como sombras vauas. Igualmente sabía por los sueños que también hay sombras de animales y de plantas que aparecen cuando se duerme. Convencido estaba de que los muertos que vagan por el Hades forman ellos mismos su imagen, porque nadie más podría hacerlo, á menos de ser uno de esos dioses que se complacen en burlar el débil entendimiento de los hombres; pero no siendo adivino no le era dado distinguir los sueños engañosos de los verdaderos; y cansado de buscar advertencias en las imágenes confusas de la noche, veíalas desfilan con indiferencia por debajo de sus párpados cerrados.

Al despertar vió en actitud respetuosa y alineados delante de su persona á los niños de Kimea, á quienes enseñaba la poesía y la música, como su padre se las había enseñado á él. Entre ellos estaban los dos hijos de su nuera. Varios eran ciegos, porque de preferencia destinaban al oficio de cantores á los que, privados de la vista, no podían trabajar en el campo ni seguir á los héroes en la guerra.

En sus manos llevaban las ofrendas con que solían pagar las lecciones del cantor: frutas, un queso, un panal de miel, un vellón, y estaban esperando que el maestro admitiese la ofrenda para depositarla sobre el altar doméstico.

Después de levantarse, el Anciano tomó su lira y dijo con bondad:

—Niños, justo es que los ricos ofrezcan un presente valioso y los pobres uno menor. Zeus, nuestro padre, ha repartido con desigualdad los bienes entre los hombres; pero castigará al niño que frustrase al cantor divino del tributo que le es debido.

La cuidadosa Melanto vino á llevarse las ofrendas, tomándolas del altar; y el Anciano, después de templar su lira, comenzó á enseñar un canto á los niños, que con las piernas cruzadas estaban sentados á su alrededor.

—Escuchad—les dijo—el combate de Pa-

troclo y de Sarpedón. Este canto es hermoso.

Y cantó. Modulaba con fuerza los sonidos, aplicando el mismo ritmo y la misma cadencia á todos los versos; y para que no decayese su voz la sostenía á intervalos regulares con una nota de su lira de tres cuerdas; y antes de tomar los descansos necesarios, daba un grito agudo acompañado de una vibración estridente de las cuerdas.

Después que decía un número de versos igual á dos veces la suma de los dedos de sus manos, hacíalos repetir á los niños, quienes los gritaban á un tiempo con voz aguda, tocando á imitación del maestro sus pequeñas liras privadas de sonido, que ellos mismos habían tallado en madera.

El Anciano repetía con paciencia los mismos versos, hasta que los pequeños cantores los hubiesen aprendido con exactitud. Alababa á los niños aplicados; pero á los que carecían de memoria ó de inteligencia, les pegaba con su lira, y luego se iban éstos á llorar contra un pilar de la sala.

Daba el ejemplo del canto, pero no añadía preceptos, porque creía que los casos de la poesía estaban establecidos de antiguo y no podían ser juzgados por los hombres. Los únicos consejos que les daba eran relativos al decoro.

Decíales:

—Debéis honrar á los reyes y á los héroes que están por encima de los demás mortales. Designad á los héroes por su nombre y el de su padre, á fin de que estos nombres no se pierdan. Cuando estéis sentados en las asambleas, cubrid los muslos con la túnica y ciudad de que vuestro talante sea gracioso y lleno de pudor.

También les decía:

—No escupáis en los ríos porque los ríos son sagrados. No hagáis cambios, ya por falta de memoria ó por capricho, en los cantos que os enseño; y cuando un rey os diga: «Eso cantos son hermosos; ¿quién te los ha enseñado?» Responded: «El Anciano de Kimea, que á su vez los aprendió de su padre, á quien un Dios los había inspirado.»

Quedábanle algunos trozos excelentes del muslo de buey. Después de comerse uno delante del hogar, rompió los huesos con una hacha de bronce para sacar el tuétano, alimento de que sólo él era digno en la casa, tomando luego del resto de las carnes la parte de las mujeres y los niños para dos días.

Echó de ver entonces que ya pronto no quedaría nada de aquellos sabrosos alimentos y pensó: «Los ricos disfrutan del amor de Zeus y los pobres no. Sin duda he ofendido sin quererlo alguno de los dioses que viven ocultos en las selvas y las montañas, ó más bien al hijo de algún inmortal, y como expiación de un crimen involuntario arrastro una vejez menesterosa. A veces cometemos sin mala intención acciones que merecen castigo, porque los dioses no han revelado con exactitud á los hombres lo que es lícito ó vedado, y su voluntad es obscura.»

Durante largo rato siguió su espíritu agitado por estos pensamientos; pero teniendo que volviese el hambre cruel, resolvió no permanecer ocioso durante la noche en su morada, yendo esta vez hacia las tierras por donde corre el Hermos en medio de las rocas y están Orneya, Esmirna y la bella Hisia recostados sobre la montaña que, como la proa de un barco fenicio, penetra en la mar.

Por lo que llegada la hora en que las estrellas tiemblan en el cielo pálido, cifóse la correa de su lira y fué á lo largo de la playa hacia la morada de los hombres ricos, que se complacen en oír, durante los largos festines, las alabanzas de los héroes y las genealogías de los dioses.

Después de caminar toda la noche, como

lo tenía por costumbre, descubrió al despuntar la claridad color de rosa de la mañana, una ciudad asentada sobre un alto promontorio, y reconoció la opulenta Hisia, querida de las palomas, que desde lo alto de una roca contempla las islas blancas jugando como ninfas en el mar chispeante. Sentóse no lejos de la ciudad, al borde de una fuente, para reposarse y acallar el hambre con cebollas que llevaba en un pliegue de la túnica.

Concluía apenas su desayuno, cuando vino á la fuente á lavar ropas una joven que portaba una cesta sobre la cabeza. Mirólo al principio con desconfianza, pero al ver que tenía una lira de madera sobre la túnica rota y era viejo y estaba rendido de cansancio, se acercó sin miedo; y de pronto, movida de piedad y veneración, sacó un poco de agua en la cavidad de sus manos apareadas, refrescando con ella los labios del cantor.

Entonces él la llamó hija de rey, prometiéndole larga vida, y dijo:

—Joven, el enjambre de los deseos vuela en torno de tu talle. Estimo dichoso al hombre que te llevará á su lecho; y yo, en mi calidad de anciano, alabo la belleza como el ave nocturna lanza su grito despreciado sobre el techo de los esposos. Soy un cantor errante. Joven, dime algo bueno.

Y la joven respondió:

—Si como lo dices y parecés serlo, eres un tañedor de lira, no es mal destino el que á esta ciudad te guía; porque has de saber que el rico Meges recibe hoy á un huésped querido y en su honor da un festín á los principales habitantes de la ciudad. Sin duda querrá hacerles oír un buen cantor. Vé á su casa; desde aquí se la divisa. No es posible llegar á ella por la orilla de la mar, porque está situada sobre ese alto promontorio que entra en medio de las olas y al cual sólo van los alciones. Pero si subes á la ciudad por la escalera labrada en la roca del lado de la tierra, distinguirás frente á los viñedos de los collados la casa de Meges. Está recién enjalbegada y es más espaciosa que las otras.

Y el Anciano, alzándose sobre sus piernas rígidas, subió por la escalera labrada en la roca por los hombres de antaño. Cuando hubo llegado á la planicie elevada sobre la cual se extiende la ciudad de Hisia, distinguió sin trabajo la casa del rico Meges.

El acceso á ella fué agradable, porque la sangre de los toros recién degollados corría en las afueras y el olor de las grasas calientes llegaba lejos. Salvando el umbral penetró en la vasta sala del festín, y después de tocar con la mano el altar se llegó á Meges que daba órdenes á sus servidores y trinchara las carnes. Los convidados, en fila alrededor del hogar, se holgaban con la esperanza de una comida abundante. Entre ellos había muchos reyes y héroes; pero el huésped á quien Meges deseaba honrar en esta ocasión, era un rey de Kios que por adquirir riquezas había navegado largo tiempo sobre la mar y padecido mucho. Llamábase Oineo, y todos le miraban con admiración; porque lo mismo que en otros tiempos el divino Ulises, había escapado de numerosos naufragios, compartiendo en las islas el lecho de las hechiceras, y ahora regresaba con tesoros. Refería sus viajes, sus trabajos; y como estaba dotado de un ingenio sutil, añadía mentiras á sus relatos.

Meges, conociendo por la lira que llevaba colgada del costado, que el anciano era un cantor, le dijo:

—Bien venido. ¿Qué cantos sabes decir?

Y el anciano respondió:

—Sé la Querrela de los Reyes que causó grandes males á los Acayos; sé el Asalto del Muro, y este canto es hermoso. Sé también el engaño hecho á Zeus, la Embajada y la Recogida de los Muertos, y estos can-



EL CUMPLEAÑO DEL PRIMOGÉNITO. — Por J. Heyne-Williams

tos son hermosos. Sé además seis veces setenta canciones muy bellas.

Así daba á entender que sabía muchas; pero en realidad ignoraba el número de ellas.

El rico Meges replicó en tono burlón:

—Los cantores errantes, con la esperanza de una buena comida y de un rico presente, dicen siempre que saben muchas canciones; pero cuando se les pone á prueba resulta que sólo conocen unos pocos versos con los que á fuerza de repetirlos fatigan los oídos de los reyes y los héroes.

El Anciano dió una buena respuesta:

—Meges,—dijo,—eres ilustre por tus riquezas, y yo te digo que sé tantas canciones como toros y vacas llevan tus boyeros á pastar á la montaña.

Meges, admirado del ingenio del Anciano, le dijo con suavidad:

—Es menester una gran inteligencia para contener tal número de cantos. Mas, dime: ¿Será verdad lo que sabes de Aquiles y de Ulises? Refiérense tantas mentiras acerca de estos héroes.

Y el Cantor respondió:

—Lo que yo sé de estos héroes me lo refirió mi padre que lo había aprendido de las mismas Musas; porque en los tiempos pasados, las Musas visitaban á los cantores divinos en los bosques. No mezclaré con mentiras los antiguos relatos.

Habló de esta manera con prudencia. Sin embargo, solía añadir versos tomados de otros cantos, ó sacados de su cabeza, á los que aprendió desde la infancia. El mismo componía cantos casi enteros; pero no confesaba que eran suyos, por temor de que les pusiesen defectos. Los héroes pedíanle de preferencia relatos antiguos, porque los creían dictados por un dios y miraban con desconfianza los cantos nuevos. De modo que cuando decía versos sacados de su inteligencia, ocultaba cuidadosamente su origen.

Y como era muy buen poeta y observaba con exactitud los usos establecidos, sus versos en nada se diferenciaban de los de sus antepasados; á ellos eran semejantes en forma y belleza, y dignos, desde su nacimiento, de una gloria inmortal.

Como no carecía de inteligencia, el rico Meges adivinó que el anciano era un buen cantor y dándole un puesto honroso en el hogar le dijo:

—Anciano, cuando hayamos aplacado el hambre, nos cantarás lo que sabes de Aquiles y de Ulises. Procura halagar los oídos de Oineo mi huésped, porque es un héroe lleno de sabiduría.

Y Oineo, que había andado largo tiempo errante sobre la mar, preguntó al tafeador de lira si conocía los viajes de Ulises. Pero el regreso de los héroes que habían peleado en Troya, aún estaba envuelto en la obscuridad y nadie sabía los padecimientos de Ulises cuando vagaba sobre la mar estéril.

Y el Anciano repuso:

—Sé que el divino Ulises entró en el lecho de Circe y que burló al Cíclope con un ardid ingenioso. Las mujeres, entre ellas, forjan cuentos acerca de esto; pero el regreso del héroe á Itaca está oculto para los cantores. Dicen unos que recuperó mujer y bienes; otros que echó de su lado á Penélope, porque ésta había recibido en su lecho á los pretendientes, y añaden que él mismo anduvo errante por los pueblos con un remo al hombro.

Oineo dijo:

Supé durante el curso de mis viajes que Ulises murió á manos de su hijo.

Entre tanto, Meges repartía la carne de los bueyes á los invitados, dando á cada cual el pedazo conveniente. Oineo alabó mucho por esto.

—Meges,—dijole,—se conoce que tienes costumbre de dar festines.

Los bueyes de Meges se nutrían de las yerbas olorosas que crecen en las faldas de las montañas; su carne era perfumada y los héroes no se saciaban de comerla; y como á cada rato llenaba á Meges una copa profunda que iba luego á manos de sus huéspedes, la comida se prolongó hasta tarde del día. Ninguno recordaba haber visto festín más hermoso.

Próximo el sol á hundirse en la mar, llegaron los boyeros que en la montaña custodiaban los rebaños de Meges, á tomar su parte de las carnes y los vinos. Honrábanlos Meges, porque apacentaban los rebaños, no con indolencia como los boyeros de la llanura, sino armados de lanzas de bronce y ceñidos de corazas para defender los bueyes contra los ataques de los pueblos de Asia. Y estos boyeros se parecían á los héroes y á los reyes, á quienes igualaban en valor. Conducíanlos dos jefes, Peiros y Toas, á quienes había colocado el amo á la cabeza de todos, por ser los más bravos é inteligentes. Y en efecto, no era posible ver dos hombres más hermosos. Acogiólos Meges en su hogar como á los protectores ilustres de sus riquezas. Dióles carne y vino tanto como desearon.

Oineo, mirándolos con admiración, dijo á su huésped:

—No he visto en mis viajes hombres con brazos y muslos tan vigorosos y bien formados como los de estos dos jefes de boyeros.

Entonces Meges pronunció una palabra imprudente. Dijo:

—Peiros es más fuerte en la lucha; pero Toas corre más.

Al oír estas palabras los dos boyeros se miraron con ira, Y Toas dijo á Peiros:

—Es preciso que hayas dado al amo algún bebedizo que le embarga el entendimiento, para que ahora digas que vales más que yo en la lucha.

Y Peiros, irritado, contestóle á Toas:

—Me jacto de vencerte en la lucha. Por lo que toca á la carrera, te cedo el premio que te ha dado el amo; porque no es raro que poseyendo el corazón un ciervo, tengas también sus pies.

Pero el prudente Oineo apaciguó la que-rella de los boyeros. Contó ingeniosas fábulas en que aparecían los riesgos de las riñas en los banquetes; y como hablaba bien, fue aprobado. Restablecida la calma, Meges dijo al anciano:

—Cántanos, amigo, la cólera de Aquiles y la Asamblea de los Reyes.

Y el anciano, después de templar la lira, dejó oír en el aire denso de la sala el fuerte sonido de su voz.

Un aliento poderoso salía de su pecho y todos los convidados callaban para escuchar las palabras medidas que hacían revivir las edades dignas de recordación; y varios pensaban: «Es prodigioso que un hombre tan viejo y desecado por los años, cual una cepa sin hojas ni frutos, saque de su pecho tan poderoso aliento.» Porque no sabían que la fuerza del vino y el hábito de cantar, daban al tañedor de lira el vigor que le negaban sus tendones y nervios debilitados.

A ratos surgía un murmullo de alabanzas de la asamblea, como un soplo del violento Céfito de las selvas. Mas de pronto la pendencia de los dos boyeros, apaciguaba por un momento, estalló de nuevo con violencia. Acalorados por el vino, desafiábanse á la lucha y á la carrera. Sus gritos salvajes cubrían la voz del anciano, que en medio de la asamblea alzaba en vano el clamor armonioso de su boca y de su lira. Los pastores que habían venido con Peiros y Toas, enardecidos por la embriaguez, daban palmadas y gruñían como cerdos. Desde hacía largo tiempo formaban dos bandos rivales y compartían la enemistad de los jefes.

—¡Perro!—gritó Toas.

Y le pegó un puñetazo á Peiros en la cara, que hizo brotar sangre en abundancia de las narices y la boca. Peiros, cegado, dió un cabezazo en el pecho de Toas, que cayó para atrás con las costillas rotas. Entonces los boyeros rivales se precipitaron unos contra otros, injuriándose y golpeándose.

En vano Meges y los reyes procuran separar á los enfurecidos; y hasta el prudente Oineo se ve rechazado por los boyeros, á quienes un dios ha privado de razón. Las copas de bronce vuelan por todos lados; los grandes huesos de buey, las antorchas humeantes, los trípodes de bronce se alzan y caen sobre los combatientes. Los cuerpos de los hombres ruedan entremezclados debajo del hogar que se apaga con el vino de los odres rotos.

Una obscuridad profunda reina en la sala de donde suben imprecaciones contra los dioses y aullidos de dolor. Manos furiosas empuñan leños ardientes y los lanzan en las tinieblas. Un tison encendido hiere en la frente al Cantor, que está de pie, inmóvil y mudo.

Entonces con voz que sobrepaja todos los ruidos del combate, maldice la casa injuriosa y á los hombres impíos; y luego, apretando contra su pecho la lira, sale y encamina hacia la mar, á lo largo del alto promontorio. A su cólera sucede ahora un profundo hastio de los hombres y de la vida. El deseo de mezclarse con los dioses inflama su pecho; una dulce sombra, un silencio amigable y la paz de la noche envuelven todas las cosas por el Occidente, hacia los países en donde se dice que flotan las sombras de los muertos, la luna divina tachona de flores de plata la mar sonriente. Y el viejo Homero avanza sobre el alto promontorio, hasta que bajo sus plantas falta la tierra que durante tantos años lo había sostenido.

ANATOLE FRANCE.

EL CAPITÁN

Ufano llegaba el Capitán en su corcel de campaña.

Había obtenido permiso del Coronel para despedirse de la novia y de la madre.

La novia estrechó sus manos pensando en que regresaría cargado de laureles, para depositarlos á sus pies, como ofrenda nupcial.

La madre lo bendijo, y dos lágrimas rodaron de sus ojos. Ella no pensaba en la gloria....

El Capitán partió al galope á incorporarse al regimiento que estaba en marcha ya.

.....
Dos días después, una camilla de la ambulancia cruzaba las calles de la ciudad conduciendo un cadáver.

Inerte, pálido, rígido, el joven Capitán era devuelto á la novia y á la madre.

La novia, desesperada de dolor y desencanto, se mesaba los cabellos á la cabecera del lecho mortuorio.

La madre, arrodillada á los pies del lecho, oraba con resignación y sólo dijo estas palabras:

—Oh monstruo de la guerra! ¿Cómo has devorado, impio, tanta juventud y tantas esperanzas? Bendita sea la voluntad de Dios!

.....
Un año más tarde la novia celebraba nuevos esponsales.

La madre había sucumbido al dolor!

Abril, 1903.

F. DE SALES PÉREZ.

EL IDILIO DE UN VAMPIRO

¿Qué es la revolución? se preguntaba Carlyle, después de haber evocado, como en siniestra pesadilla, las convulsiones de la sociedad francesa desquiciada por los terroristas. Y se contestaba: Es la locura que habita en los corazones de los hombres. *It is the Madness that dwells in the hearts of men.*

Sí, era la locura, pero no de un hombre, sino de millares, de millones, de todo un pueblo. La locura convertida en tempestad deshecha, que arrastraba en torbellino de sangre las vidas de los mortales misereros, como débiles hojas secas de una floresta en otoño. La locura, que ponía un velo carmesí sobre los ojos y conducía á los hombres, sonámbulos del fanatismo, sin el menor alto, sin la menor vacilación, á perpetrar los crímenes más horribles, con los nombres de amor y fraternidad en los labios. La tremenda locura del doctrinario, que santifica sus pasiones criminales, porque las envuelve en el resplandor intenso de una idea, que toma la fuerza formidable de la obsesión. Entonces se siente el odio como una religión y el crimen monstruoso llama á sí con la atracción del deber. Entonces es preferible vivir entre lobos hambrientos y serpientes venenosas á vivir entre los hombres. En todo el vasto mundo no hay alimaña feroz comparable al fanático.

Sin embargo, durante esos periodos de general demencia, si no hay hombres más crueles é indiferentes al dolor que los fanáticos, los hay más viles, más

friamente dañinos y ponzoñosos: los que trafican con el fanatismo de los otros. Los que á sangre fría avientan sus pasiones; los que siembran en sus espíritus perturbados la simiente maldita de la calumnia en que no creen, para convertirlos en instrumento de logro; los envenenadores de la conciencia pública, que mienten á sabiendas, para hacer de su mentira la muleta que enfurece á la fiera, y de esa furia y de los destrozos que ocasiona, la fuente impura de su fortuna.

Entre esos logreros, que chapoteaban en la sangre humana, y pregonaban su mercancia de difamación obscena subidos sobre montones de cadáveres, ninguno, durante el crepúsculo y el pleno día del Terror, se empujó más alto, ni aulló con voz más estentórea sus juramentos canallescicos, para señalar víctimas á la multitud delirante, que el libelista Jacques René Hébert, *le Père Duchesne*. Hébert, *le sac á ordures* del periodismo, como lo llama Taine, más brutal, chavacano y perverso que Marat, no era un fanático, sino un mero explotador de las pasiones furiosas del pueblo.

Aquel hombre, burgués de nacimiento, de manos tan cuidadas como su traje, que había hecho desfilar en la carreta infamante de su hoja, que olía á carne-ro y muladar, al conde de Artois, al príncipe de Condé, al arzobispo de París, al rey y la reina, á los miembros de la Asamblea legislativa, á los de la facción de Brissot, á los generales de la República, á la comisión de los Doce, á Chabot, á Bazire, á Mme. Roland, á Fabre d'Eglantine, á Dantón, á Rosbepierre, se limitaba á ejercer á conciencia un oficio lucrativo.

Las pacientes investigaciones de los historiadores de la nueva escuela francesa han rastreado los pormenores íntimos de la vida de más de un terrorista; los cuales han servido para poner más al descubierto la estúpida complejidad de esta máquina tan sutil que llamamos el alma humana. Fouquier Tinville, el fiscal sanguinario que debíamos suponer perseguido por más espectros lívidos que *King Richard* en su tienda, era un excelente padre de familia, preocupado siempre de su bienestar, y que sólo éste desvelaba.

El desafortado *Père Duchesne* no salía de una cloaca para lanzar a diestro y siniestro sus inmundas patochadas, sino de un saloncito limpio y apacible, donde acababa de mecer en sus rodillas el primer fruto de una unión idílica. Mme. Hébert, *la Mère Duchesne*, era una mujer sensible, nada varonil, que adoraba á su marido, y había formado para él un hogar envidiable. En carta á una de sus cuñadas, decía: «Si M. Hébert es bastante bueno para colocar su felicidad en mi posesión, soy yo, señorita, la que, sin ningún mérito, puedo certificar que soy perfectamente feliz con él, que no cesa de darme diariamente nuevas pruebas de su ternura. De ella llevo en mi seno una preciosa prenda, hace tres meses. El quiere que se me parezca, y yo lo quiero semejante á su padre».

Esto se estampaba pocos días antes de las matanzas de setiembre; ese padre, modelo del hijo por nacer, era el jefe de los *rabiosos*, de los hebertistas, el que había de recibir una corona cívica, por

su constante excitación al pillaje, al asesinato, con formas judiciales ó sin ellas; el mismo que habla de ser á su vez lanzado al cadalso por la voz sarcástica de Saint Just, que lo llamaba malvado traficante de su pluma y su conciencia y reptil que se arrastra al sol; y que fué realmente á la guillotina, chorreando aún con la sangre de sus víctimas, como un verdadero reptil, trémulo, que se enrosca para tratar de huir el golpe que lo aplasta.

Y ese monstruo era realmente bueno con su mujer y con su hija pequeña, á las que hacía dulce la vida, mientras removía con la pluma un pantano infecto, de donde subían, cada vez más espesos, vapores de sangre caliente.

Tiene razón Carlyle: *We live in a fertile world.*

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

16 de marzo.

SUETOS EDITORIALES

DESPEIDIDA

En el vapor *Montevideo*, de la línea italiana, ha partido en viaje de recreo á algunas capitales de Europa, la señora doña Zoila de Castro, esposa del señor General Cipriano Castro, Presidente de la República.

En la estación del ferrocarril y en el vecino puerto de La Guaira recibió la señora Castro espontáneas y reiteradas manifestaciones de la simpatía, el aprecio y el respeto que ha sabido captarse de todos los gremios sociales, por las esquivadas y excelentes dotes de su carácter y de su cultura; manifestaciones muy bien merecidas, que el afecto y la justicia se han apresurado á protestar á la distinguida y honorable dama.

La acompañan en su viaje: el señor General José Antonio Velutini, que acaba de presidir el Senado de la República y va á presentar á Gobiernos de Europa sus credenciales de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela; y tres de sus hijos: el señor Simón Barceló, apreciado colaborador de nuestra Revista, nombrado Secretario de la Legación, á quien acompaña su joven esposa; la bella señorita Clementina Velutini y su joven hermano Andrés.

A todos los apreciables y distinguidos viajeros deseamos una travesía bonancible; días de satisfacciones y contento en el Viejo Mundo y un regreso venturoso á la patria y á la sociedad.

EL ASILO DE HUÉRFANOS

Cumplirá el 24 de julio próximo 9.5 años de fundado en Caracas el primer Asilo de Huérfanos de Venezuela; con tal motivo, como parte de las fiestas de ese día, se promueve un *Certamen literario* cuyos temas son:

—Para la prosa: *Efectos que en la civilización moderna han producido los orfelinatos de San Vicente de Paul.*

—Para el verso: *Dios es Caridad.*

El jurado lo forman, para la prosa, los señores doctores Ricardo Ovidio Limardo y José Manuel Núñez Ponte; para el verso, los señores doctores Felipe Tejera y Juan Manuel Hurtado Machado, personas que bondadosamente se han prestado á ello.

Los premios serán sendas obras literarias.

Las composiciones deben dirigirse, del modo acostumbrado, al Colegio de Santa María, antes del cinco de julio.

GACETA MÉDICA DE CARACAS

Con la edición correspondiente al 15 de abril último, cumplió diez años de existencia esta importante publicación científica. Para celebrar este aniversario promovió un certamen sobre este tema: «*Lasificación metódica y razonada de las fiebres que reinan en Caracas.*» Era de esperarse que esta materia, por ser una de las más importantes de nuestra patología regional, habría de llamar la atención de los que se han dedicado á la Ciencia Médica. La ausencia de concurrentes ha sido casi absoluta, pues solo el señor doctor Risquez presentó un trabajo que la «Gaceta Médica» ha publicado en su último número.

Es director de esta notable Revista científica, el señor doctor L. Razetti á quien felicitamos cordialmente por sus constantes esfuerzos en pro de la Ciencia.

UN GRADO Y UNA TESIS

El señor bachiller Julio C. Rivas Morales ha optado ante la facultad de Medicina de nuestra Universidad al grado de doctor en la respectiva Ciencia, presentando ante el cuerpo académico un brillante examen de las materias correspondientes á todas las asignaturas de ley; y ante el Jurado científico, una tesis, de la cual nos ha obsequiado con un ejemplar que le agradecemos y que tiene por título: *Contribución al estudio de la conservación de los cadáveres en los climas tropicales.*

Enviamos al nuevo facultativo nuestras sinceras congratulaciones por el feliz y brillante término de su carrera escolar y hacemos votos porque satisfacciones y aplausos constantes recompensen sus labores profesionales.

MANUEL FRANCISCO IBARRA

El día 21 del mes pasado se verificaron en esta capital, ante numeroso y distinguido concurso, las ceremonias del enterramiento del cadáver de este apreciable joven, muerto á consecuencia de graves heridas recibidas en un campo de batalla.

A sus aflijidos padres y familia presentamos la expresión de nuestra sincera pena por la sensible pérdida que lloran.

NUESTROS GRABADOS

El Perseo de Cellini

En Florencia, á la entrada de la famosa Galería colocada bajo los auspicios inmortales del nombre de Miguel Angel, la primera escultura que se alza ante aquella asamblea de dioses y de héroes, es la del legendario argivo, tallada por Benvenuto.

Está representado Perseo en el momento de llevar á término la más notable de sus empresas: la conquista de la cabeza de Medusa.

Hijo de Zeus (Júpiter) y de Danae, nieto de Acrisios, de donde le vino también el nombre de Aurífuga, ha nacido de los ocultos amores del soberano de los dioses con la hermosa princesa de Argos. Desnubiertos aquellos y el nacimiento del hijo por Acrisios, éste encierra á la madre y

al niño en una caja y los arroja al mar; pero Júpiter hace que la caja aborde á la isla de Serifos, en la que reina Polidectes. Un pescador llamado Dictis interpone su valimiento con el monarca, y los naufragos son acogidos con benevolencia y aun el rey se enamora de la belleza irresistible de la madre.

Temeroso de que Perseo sea un obstáculo á aquella pasión, le impone como empresa partir á traerle la cabeza de la temible Medusa Gorgona.

Las Medusas son vírgenes monstruosas y crueles, cuya cabeza, en lugar de cabellos, está rodeada de serpientes; tienen colmillos de jabalí, manos de cobre y alas de oro: quien fije en ellas la mirada, queda petrificado. Habitan más allá del océano occidental, en el último extremo del mundo, del lado de la noche.

Hacia esa mansión terrible y medrosa marcha Perseo: lo guían Hermes (Mercurio) y Atenea (Minerva); pero antes se dirige al lugar en donde moran las tres hijas de Forquis, doncellas espantosas que no tienen sino un solo ojo y un solo diente para las tres. Perseo se los arrebató, prometiéndoles devolvérselos si le indican el camino de la mansión de sus hermanas las Medusas. Se apodera también de unas sandalias aladas, unas alforjas y un sombrero milagroso, prendas que poseían la virtud de hacerlo invisible; Hermes le regala una hoz de cobre, y provisto de todo esto, el mancebo de Argos vuela por sobre el océano, conducido por los dioses amigos.

Llega á la mansión de las Medusas, á las que encuentra dormidas; vuelve el rostro, para no ser víctima de la maléfica virtud de los monstruos; extiende la hoz y guiado su brazo por Atenea, corta la cabeza de la Gorgona, de cuya garganta salen el caballo Pegaso y Calao, que representan el trueno y el relámpago.

Perseo no se amedrenta; mete la terrible cabeza en las alforjas y huye sobre Pegaso, perseguido por las otras dos Medusas, á los cuales se hace invisible, gracias al sombrero misterioso.

Atraviesa el espacio y el océano y llega al país más vecino al sol, á Etiopía. Allí, nueva hazaña le vale obtener por esposa á Andrómena, con la cual sigue á las Cícladas, á Serifos, para presentar al rey Polidectes el resultado de su encargo y los trofeos de sus victorias.

Al llegar, halla que su madre Danae y el pescador Dictis han tenido que refugiarse bajo los altares de los dioses, huyendo á las cóleras del monarca, que los persigue por su despecho y por sus amores. Dirígese á presencia del rey: éste y sus cortesanos quedan petrificados al ver la cabeza de la Gorgona.

El mancebo puede entonces regresar á Argos, con su madre y con su mujer; regala las sandalias, las alforjas y el sombrero á Hermes, y la cabeza de Medusa á Atenea, quien la coloca en el centro de su escudo.

Una góndola

En la situación en que se halla en el grabado, inmóvil, silenciosa, fija en una corriente apacible; muy puro el aire, muy transparente el agua, muy azul el cielo, así representa en el día de hoy, mejor que cualquiera otro símbolo, una góndola, la historia y la vida de Venecia.

El pasado de esa ciudad maravillosa en dominio, comercio é industria, temida por los turcos, temida por los griegos, temida por sus poderosas rivales italianas, Milán y Florencia, Génova y Nápoles, ese pasado duerme en la quietud de esa góndola, estática y serena, sugestiva de encanto, de misterios, de poesía y de amor. Tripulada por los marineros cantores y rudos que fueron un día á rayar con su quilla el es-

pejo líquido del Pireo, resucitando á los ojos del griego ya enervado las viejas leyendas de sus cisnes sagrados y olímpicos, fue cortesana feliz y traviesa de las poderosas galeras que del Levante traían al Adriático en eterna fiesta de riqueza y lujo, los tributarios que antes rindieron las costas tirianas y fenicias y sidonias al señorío romano.

Pintada de mûrice vibrante; erguida la prora como un cuello de róseo ibis; relampagueando sus bordas al compás de plateados remos, que reñían con los rayos del sol levantino y cortaban el rielar de la luna y las miradas de las estrellas; recamada de frondas escultóricas, tapizada de pieles tributadas por la Dalmacia esclava; repujada de frisos, doblada de viviente seda traída de la Persia y de rientes tapicerías que Andrinópolis enviaba al banquete de las opulencias venecianas, desbordando en flotantes copos sobre la onda acariciadora y silente, la góndola tripulada por los felices dignatarios, prestó á las noches inmortales de Venecia su pungente inolvidable poesía, melódica é inefable.

Si llegase á haber desolación y silencio en los tiempos y en la historia, bastaría á hacer imperecedera y eterna á Venecia benedicta, la silueta de una góndola estática é inmóvil, sobre el agua dormida y transparente, bajo el aire diáfano, bajo el cielo azul.

Talleres de la panadería Ramella

Ultimamente, los señores Ramella y Ca, han introducido en sus talleres de elaboración del pan, importantes y utilísimas mejoras, reformándolos por completo en su disposición y material.

Propónense dichos señores garantizar más, si es posible, la buena calidad de sus productos, ofreciendo á vista del público una instalación perfectamente ajustada á todas las previsiones higiénicas, por un aislamiento y resguardo completos de los laboratorios, maquinarias y departamentos de elaboración.

A este respecto, nuestro colaborador González hace en este mismo número las más oportunas y justicieras recomendaciones de la labor y propósitos de los mencionados industriales.

Ojalá tuviera séquito este propósito entre los productores que nos suministran los artículos de diaria necesidad y consumo, tanto en recomendación de sus empresas como en provecho del público.

Nápoles.—Riviera de Chiaja

Si así como es la más bulliciosa, la más vocinglera y alegre y la más aficionada al movimiento y á los vívidos colores de las ciudades de Europa, estuviere toda ella construida según todas las exigencias, el arte y las prescripciones modernas, Nápoles sería una de las más bellas y aparecería como una de las más notables capitales del mundo.

Así y todo, con el abigarramiento y la confusión de sus muchedumbres; con la grita ensordecedora de sus turbas, que irrita y desespera; con sus *stradas*, sus *corsos*, sus *rivieras* y sus *vias* tortuosas, volteando en curvas interminables, entrecortándose hasta la confusión, discurriendo según las costas y las pendientes de las colinas, y sus edificios altísimos y calles estrechas que la oscurecen y en algunos sitios le dan un aspecto sombrío, Nápoles aparece mayor, más extensa y más populosa que Roma, que Milán, que las grandes ciudades italianas.

La vista que ofrecemos pertenece á la parte oriental de la ciudad: hacia ese extremo, la bahía encantadora é incomparable, competidora en belleza con las de Constantinopla y Río de Janeiro, se dobla

en forma de número 3 colocado horizontalmente, trazando con su curva menor la ensenada de Chiaja, abrigando en la mayor la Marghelina. A un extremo se levanta el Pausilipo, con su silueta reflejada en ondas poéticas y su gruta á cuyo través se va á la tumba de Virgilio.

Paralela á la curva de la ensenada de Chiaja va la vía Caracciolo, orillando el golfo por aquella parte; y hacia el interior de la ciudad corre la *riviera* cuya vista ofrecemos, entre la vía anteriormente citada y el *corso Umberto*, rematado en la plaza del mismo nombre, delantera á una calle moderna que los separa de los nuevos mercados.

Catedral de Milán

Cada día habrá motivo para que el arte tenga una mirada ó un recuerdo para este monumento magnífico, en cuya construcción han trabajado y trabajan, desde hace quinientos años, los más ilustres arquitectos, los pintores más gloriosos, los constructores, ebanistas, mosaistas, orfebres y decoradores más reputados de Europa.

Generaciones egregias se han consumido, trazando, levantando, hermojeando y enriqueciendo con las más opulentas preseas, conquistadas y arrebatadas á toda la tierra, esta iglesia maravillosa, que posee cinco grandes naves góticas, divididas y sostenidas por cincuenta y dos columnas, de cuyos soberbios capiteles arrancan prodigiosas bóvedas ojivales, que son un alarde de ciencia, de gracia y de armonía.

En los muros, en los pilares, en las capillas, viven en inmortalidad seiscientos setenta y nueve estatuas, y esperan las que en ellos habrán de ser erigidas ciento cincuenta y ocho casetones y doseletes. En el exterior, la catedral está poblada por dos mil estatuas y faltan por colocar seiscientos.

Detrás del altar mayor, se abren tres inmensas ventanas, adornadas con magníficos vidrios de colores.

Entre las bóvedas, por las arcadas, por los muros, por las capillas, sobre las hornacinas, pinturas que fingen adornos esculturales; y en dispersión armónica y profusa, por toda la iglesia, retábulos, sepulcros de arzobispos, de cardenales y de santos, entre ellos el de Carlos Borromeo.

La impresión que recibe ante las proporciones y en el recinto del gran monumento, es de grandiosa hermosura, de insuperable riqueza, de abrumadora majestad.

Dos riquísimas canteras de los alrededores suministran el mármol desde el siglo xv.

Una sorpresa

Por la disposición, por el movimiento, por el juego de la luz, por la naturaleza de las escenas, se ve qué escuela y qué pueblo ha inspirado el cuadro.

Una necesaria adaptación al gusto y al genio del país adonde ha sido trasladado, adulteran un tanto los rasgos de originalidad característicos de esas grandes y vivaces composiciones de la España de Goya, con sus patios inundados de luz, festonados de claveles, sonoros de carcajadas y castañuelas, vibrantes de escarlata y lentejuelas.

Isla de Granada

Con motivo del siniestro sufrido por el vapor francés *Saint-Germain* en su viaje de la última quincena, viniendo de Martinica, publicamos una vista de la vecina isla de Granada, en cuyas aguas tuvo lugar la desgracia de la nave perteneciente á la *Compagnie Générale Transatlantique*.

Posteriores noticias nos informaron que el buque, á esfuerzos de sus comandantes, fue puesto á flote y llevado á Fort-de-France.

Creer conoedores que el incidente se ha debido á que, con motivo de los movi-

mientos y catástrofes ocurridas recientemente en la Martinica y otras antillas, ha habido levantamientos submarinos en el trayecto de la mencionada isla á la de Trinidad y va á procederse á practicar nuevos sondeos en el referido trayecto, que por primera vez ofrece tan peligrosos é inesperados inconvenientes á los marinos de estas líneas, tan conoedores de los parajes antillanos frecuentados por sus cargamentos.

Emulsión Scott Alimento Completo

La Emulsión de Scott, por sus componentes de aceite de hígado de bacalao é hipofosfitos de cal y de sosa, es uno de los alimentos más completos para la economía humana.

Es un excitante de la nutrición. Se absorbe por la fibra muscular, siendo un gran renovador de los tejidos y de los principios albuminoideos fundamentales, expulsando las toxinas, bacterias infecciosas y sus productos. Purifica totalmente la sangre, y es por reunir esas propiedades que la

Emulsión de Scott

debe emplearse siempre en la tuberculosis, la anemia, el raquitismo, el reblandecimiento de los huesos y en general en todas aquellas enfermedades que necesitan un alimento completo.

Por su estado grasoso, nutre los pulmones.

Por su asimilación, aumenta los glóbulos de la sangre.

Por el fósforo que contiene, nutre el cerebro.

El fosfato de cal y de sosa nutre los huesos y la cal calcina los tubérculos.

Razón por lo que es un alimento completo.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
De venta en las Farmacias y Droguerías.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

El Gran Canal

Dar una idea del curso, de la anchura, de la importancia, del aspecto del *Canalazzo* y de todo cuanto se ve por sus orillas y desde el centro de su corriente, sería describir Venecia, con sus monumentos, sus edificios, sus paisajes, su comercio y sus costumbres y requeriría mayor espacio que el permitido por la naturaleza de estas apuntaciones.

Baste informarse de que el Gran Canal tiene una longitud de tres mil setecientos metros, por una anchura que varía de cuarenta y cinco á setenta y dos. Recorriéndolo, se tiene la primera idea de la opulencia, la belleza, la originalidad y el antiguo poderío de la Sirena del Adriático.

En la parte que nuestro grabado muestra á los lectores, el *Canalazzo* humedece los cimientos de viejos y riquísimos palacios, que guardan prolijas tradiciones, ostentan armoriales de familias ilustres ó resplandecen en una historia gloriosa ó siniestra: el magnífico *Foscari*, hoy Escuela Superior de Comercio; el *Manin*, en donde tiene sus oficinas el Banco de Italia; el *Dandolo*, la famosa morada del famoso Dux; el *Loredan*, en donde vivió el rey de Chipre, Pedro de Lusitán; el *Farsetti*, que es ahora Casa Consistorial; y el *Grimani*, en donde se constituye el Tribunal de Apelación.

ciudad; no anda más de diez y seis nudos en servicio ordinario, en tanto que el *Kaiser* camina veinte y tres. Pero la idea que ha presidido á su construcción es nueva. Los buques extra-rápidos alemanes han tratado de atraer á los pasajeros urgidos para los que son secundarios los gastos de transporte y lo han logrado, de modo que tienen una clientela especial. El tipo *Cedric* es distinto. Es un gran mercante, que ofrece, además, á los viajeros un «comfort» extremo, á precios relativamente bajos. Puede transportar más de tres mil personas: trescientas ochenta de primera clase, ciento sesenta de segunda y dos mil quinientas dos por lo menos de tercera; lo tripulan trescientos treinta y cinco hombres. El *Cedric* tiene nueve puentes á lo largo, para aumentar la rigidez del casco.

Fue construido en los astilleros de Belfast.

Tocado japonés

El tocado entre las mujeres japonesas sirve, ante todo, para indicar su edad, como ocurre en las provincias vascongadas, que el color del pañuelo distingue á las solteras de las casadas y de las viudas.

Las solteras japonesas llevan peinado alto y trenzan sus cabellos en forma de abanico ó de mariposa, entrelazando adornos y cintas plateadas.

Una viuda que desea casarse anuda sus cabellos alrededor de un alfiler colocado horizontalmente.

La que desea permanecer fiel á su marido se corta los cabellos y los peina hacia atrás, sin adorno alguno.

El mar como fertilizador

Se habla en Francia de establecer en ciertas costas parques de ovas para extraer, sin grandes dispendios, el ázoe ó nitrógeno, cuya utilidad en la agricultura es bien conocida. Las ovas, como todas las algas, son extraordinariamente ricas en nitrógeno, hasta el punto de que una hectárea de esta costa cubierta de ovas produce el nitrógeno suficiente para alimentar seis hectáreas de tierra de labor.

Para formar el criadero de ovas se elige un punto en que éstas sean abundantes sobre las peñas de las costa, y se levanta alrededor un muro de medio metro de elevación, á fin de retener, cuando baja la marea, bastante agua para asegurar la vegetación de las yerbas marinas en condiciones favorables. En el interior del recinto así formado conviene hacer un piso de cantos y cascotes bastante espeso, como de 40 centímetros. La Naturalidad se encarga de hacer lo demás.

El parque tiene una doble ventaja, pues sobre ser un excelente depósito de algas, con el tiempo viene á constituir un vivero donde se crían en abundancia toda clase de peces, moluscos y crustáceos comestibles.

POSTALES
EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 50 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

Trinidad

Los recientes acontecimientos, ocurridos en la vecina antilla inglesa, nos dan ocasión para publicar las vistas de los edificios que sufrieron las consecuencias de los motines de los cuales nos impusieron el telégrafo y la prensa diaria.

Por ellos saben nuestros lectores que un asunto de aguas potables, que se discutía en el Concejo Municipal, dio origen á las manifestaciones tumultuarias del pueblo de Puerto España, en las que hubo lucha con la policía y la fuerza armada, pereciendo ó siendo heridos muchos de los manifestantes y algunos individuos de la gendarmería y las tropas.

Aquellos pusieron fuego á la *Casa Roja*, en donde celebraba sus sesiones el Cuerpo Administrativo; el cuartel de policía también se vió invadido por las llamas, que llegaron á la altura de la torre, pudiendo resistir indemne, por ser una fuerte construcción de piedra.

Entre nuestras vistas figura también la del acueducto que dio motivo á los motines.

SECCION RECREATIVA

Un paquebot monstruo

El mayor paquebot del mundo es actualmente el *Cedric*, lanzado al agua recientemente. Merece algunas líneas descriptivas.

Pertenece á la White Star Line; quizá será el buque gigante de nuestra época, á menos que sea superado en tonelaje por los dos que se propone poner en astilleros la Compañía Cunard, ayudada con fondos que le prestará el gobierno inglés. La longitud total del *Cedric* es de doscientos trece metros, con una altura de catorce metros noventa y cinco y un tonelaje bruto de veinte y nueve mil ciento setenta toneladas. Cargado, desalojará treinta y ocho mil seis toneladas, esto es, próximamente diez mil más que el *Great-Eastern* de 1860. Cala once metros.

Los tres buques mayores, después del *Cedric*, son: el *Celtic*, de veinte mil toneladas; el *Oceanic*, de diez y ocho mil, pertenecientes ambos á la Cunard, y el *Kaiser-Wilhelm II*, propiedad del Norddeutscher Lloyd, que desaloja diez y nueve mil quinientas toneladas.

El *Cedric* no es muy notable por su velo-

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Purgativos, Depurativos y Anusépticos.
 Contra el **ESTREÑIMIENTO**
 y sus consecuencias:
JAQUECA, MALESTAR, PESADIZ GÁSTRICA
 Sin cambiar sus costumbres ni disminuir la cantidad de alimentos, se libra de las conchas y deshechos al apéndice.
 Exíjase el rótulo adjunto en 4 colores, impreso sobre las cajas azules metálicas y sobre sus envoltorios.
 Toda caja de cartón ó otra clase, no será mas que una falsificación peligrosa.
 París. Farmacia LEROY, 8 Rue de Cléry y en todas las Farmacias.



**MAIZ
ORIZA**

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N.º 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General: Carlos Orta Ibarra.

GREGORIO NOGUERA E HIJO

TÁRIBA

Surtido de efectos de bodega

Compra de café y venta de víveres

AGENTES DEL AZUCAR DE BRAMON

Agentes de la EMPRESA EL COJO de Caracas

Táriba — 1903

Las Tijeras de Oro

FEO

Camisero Especial
CARACAS

✻ Pajaritos á Mercaderes ✻

No hay solamente hombres afortunados; sociedades con suerte; también hay naciones que de la noche á la mañana se encuentran favorecidas por la fortuna, haciéndose verdaderamente envidiables.

En Méjico vive un millonario que ha ofrecido, así como suena, pagar las deudas de su país.

Se llama el citado Creso Pedro Alvarado. Hace dos años trabajaba todavía en las minas, y hoy continúa haciendo la misma vida de entonces.

El Gobierno mejicano todavía no ha resuelto respecto á su proposición de pagar la deuda pública.

Los fotógrafos de París piensan exigir un derecho ó canon fijo á las publicaciones ilustradas que reproduzcan sus clichés.

En cambio los arquitectos franceses han aprobado las siguientes resoluciones:

1ª El arquitecto tiene derecho de oponerse á la reproducción por la fotografía de un edificio público ó privado del cual sea autor.

2ª En el caso de que se reproduzca este edificio y de que se ponga en venta esta reproducción, podrá exigir los derechos de autor.

3ª La mención de su nombre y de su calidad de arquitecto le da derechos sobre toda reproducción.

Una herencia

En Washington se habla mucho de cierta herencia, cuya historia parece arrancada de las páginas de una novela.

Un marino americano, David O'Keefe, único naufrago sobreviviente á la pérdida de su navío, alcanzó la costa de la isla Yap, habitada por antropófagos,

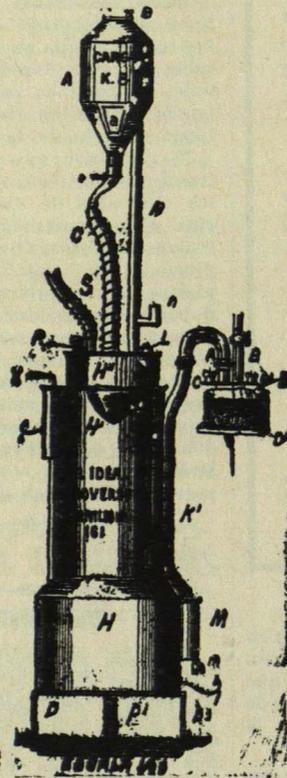
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno
 Aparato sistema RoverSI—Carburo de calcio de 7 á 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores, Busen Hornallas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases. Instalaciones completas.—El IDEAL á carga de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles
 Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavallerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería RoverSI—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Elviro Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 80 son los aparatos colocados
 Carga de 1 á 2 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

O'Keefe supo agradar á éstas, se casó con una de tales mujeres y llegó á ser jefe y sucesor del rey de los terribles salvajes.

Estaba casado en América con una virtuosa mujer, á la que, lejos de olvidarla, remitía, de tiempo en tiempo, grandes sacos de dólares obtenidos en el comercio con Manila y Hong Kong.

O'Keefe acaba de morir: su primera mujer reclama la herencia, que se eleva á 15 millones de bolívares; pero la segunda mujer, reina de la isla Yap, se opone á ello.

El caso no puede ser más extraño: bigamia y canibalismo.

EXIJAN Vds.
 sobre cada PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.
 Las **PILDORAS**
 purgativas y Depurativas
 del Doctor
DEHAUT
 se toman
al comer.
 Ningún Regimen. No más Dieta.
 Las menos **COSTOSAS**
 pero que son
 las más **ACTIVAS.**

El tabaco

Las hojas de tabaco en su estado normal contienen, por 100, las siguientes materias:

Agua	88,080
Fibra leñosa.	4,969
Materia extractiva, ligeramente amarga..	2,840
Goma.	1,140
Sustancia análoga al gluten.	1,048
Acido málico.	0,510
Resina verde.	0,261
Albúmina vegetal.	3,260
Sílice.	0,254
Fosfato cálcico.	0,242
Malato de amoniaco.	0,120
Nitrato y malato potásicos.	0,095
Cloruro de potasio	0,063
Nicotina	0,060
Sulfato potásico	0,048
Nicociana	0,010

También se asegura que contiene iodo, procedente de los ioduros alcalinos que, con el cloruro de sodio, se encuentran en los terrenos en que la planta se cría.

Estricta justicia.—Escribe el sesudo facultativo doctor A. Herrera Vegas, residente en Caracas: «Me complazco en dar la presente certificación, por creerla de la más estricta justicia. He empleado repetidas veces la reputada Emulsión de Scott, y en todos los casos he obtenido el más lisonjero éxito.»

Un carro

Un viajero americano ha encontrado, haciendo exploraciones en los alrededores de Tebas, una especie de carro, ejemplar magnífico, en la tumba del Rey Thomés IV, de la décimo octava dinastía tebana, que reinó en el año 1533 antes de Jesucristo.

El carro es de madera, dorado, y guarnecido de bronce.

Ofrecen ya por él 160.000 bolívares, He aquí un sistema de hacer viajes económicos.

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias
 Jaqueca
 Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 607

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS REYES
JORET-HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORS, RETARDOS,
 SUPPRESSIONES DE LOS
 MENSTRUOS
Pha G. SEGUIN, PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



JARABE AUBERGIER
TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO
 Empleado con mucho éxito en los Niños.
 CLIN y COMAR - PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

PUREZA DEL CUTIS
 LAIT ANTÉPÉRIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PÉCOSES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 B' St-Denis-14

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito.
HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO
SOLUCION TITULADA
 Las **Grageas** hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.
AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas
LABELONYE y C^o, 99, Rue d'Aboukir. PARIS Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN
 Medalla de ORO de la S^od de F^oa de Paris.

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HERRO
 El más poderoso Regenerador.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
 Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
 Exigase el verdadero nombre Rehusese los productos similares
J. SIMON
 13, r. Grange-Batelière, Paris



ACRIDUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CELEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Medicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
EL MISMO AL YODURO DE POTASIO Tratamiento Complementario del ASMA. Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, E.rritula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

Para comprar electricidad como se compra carbón

Una dinamo en cada piso.—El nuevo invento de Edison. El público emancipado de las compañías.

Un automóvil para cada familia, y en cada casa una dinamo que suministre la luz y el calor necesarios para los usos domésticos y para la calefacción, á una décima parte del coste de ahora.

Ese es el ideal que hace cuatro años se propuso conseguir Edison, y que, según el mismo anuncia, ha realizado gracias á una pila maravillosa que, á juzgar por su descripción, no es la misma de que se habló. hará dos años.

He aquí cómo se expresa Edison, quien, como es sabido, no gusta nunca de hablar de sus inventos hasta que los tiene completamente realizados :

«Mi nueva pila acabará con los caballos, no en el acto, sino gradualmente. Con ella el coste de los automóviles se reducirá tanto, que no habrá familia que no pueda comprar uno, y su manejo será tan sencillo que no habrá necesidad de peritos para dirigirlo. Será más fácil manejar un automóvil que lo que es ahora manejar una bicicleta.

Creo que casi ha llegado la hora en que todo el mundo no sólo tenga su automóvil, sino que además puede alumbrar su casa, cargar su máquina, calentar sus habitaciones y guisar, todo por medio de la electricidad y sin depender de Compañía alguna para el suministro del fluido, pues cada cual comparará fuerza eléctrica lo mismo que hoy se compra carbón, leña ó pretéleo.

¡ La independencia! Eso es lo que nos dará la nueva pila.

Ocurre hoy día que cuando se compra un automóvil eléctrico dan con él un libro de instrucciones con respecto al motor, y hay que tomar un práctico para que enseñe su manejo; y si no se hace así, y si no se siguen las instrucciones del librito, no tarda el comprador en encontrarse sin fuerza motriz. Por otra parte, la vida de una pila de las que están hoy en uso se halla en proporción con su peso; si se reduce éste, se amengua igualmente la vida de la pila.

El problema era, por lo tanto, construir una pila, no para los peritos y los prácticos, sino para todo el mundo en general; una pila que no exija cuidados y que se pueda dejar olvidada, y que, sin embargo, haga su trabajo á la perfección. Es decir, se necesitaba una pila brutalmente práctica, que pudiera ser tratada de cualquier modo.

La pila que he inventado llena por completo esta necesidad, y ha resistido las pruebas más duras. Desde hace mucho tiempo tengo la costumbre de probar el embalaje de todos los artículos que tienen que ser transportados en barco; para ello hago que suban los bultos á un piso tercero y los tiren desde allí á un patio; si no se rompen con el golpe, es prueba de que están bien acondicionados. A pruebas tan rigurosas como ésta he sometido mi nueva pila. Un día hice que pusieran de golpe y brutalmente ruedas arriba un automóvil que tenfa como motor mi pila; el automóvil sufrió mucho, pero la pila y el motor resultaron intactos y en perfecto funcionamiento.

No se puede comparar mi pila con ninguna de las existentes.

La que ahora tengo expuesta en Nueva York pesa 34 kilogramos y basta para mover un automóvil pesado, con carga de dos viajeros, y da fuerza para 185 kilómetros sin tener que volver á cargarse, si la carretera es buena.

No es fácil describir en términos vulgares mi nueva pila, aun cuando es muy sencilla. Puede decirse de ella que es un aparato de combustión interna. Hierro finamente pulverizado constituye uno de los polos, y el otro está compuesto de un óxido de níquel. También empleo un álcali, que es más estable que los ácidos.

Cuando se pone en comunicación cierto número de estas celdas con el motor de un automóvil, el hierro se oxida; si el hierro estuviese en el exterior, esta oxidación produciría calor, pero en la pila produce electricidad. Claro es que al fin y al cabo se convierte en calor. El oxígeno necesario para quemar el hierro está almacenado en el níquel; así es que no tenemos que extraerlo del aire. Cuando todo el hierro se ha oxidado, la pila deja de dar corriente y hay que volver á cargarla.

Edison ha emprendido ya la fabricación en grande escala de las pilas que ha inventado y de los motores en que se adaptan; y tan en grande escala es la fabricación, que para ello está construyendo inmensos talleres.

Mar muerto

Las perturbaciones geológicas que sufre desde hace algún tiempo nuestro planeta, tienen consecuencias que á diario se descubren y resulta curioso consignarlas.

El Mar Muerto está á punto de desaparecer. Un sabio inglés acaba de manifestar que dicho

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 LA «CREME DE LA MECQUE» SACARADA DE: H. N.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.

mar ha disminuido considerablemente desde hace algunos siglos y que su mayor profundidad no excede hoy de tres metros.

El agua se evapora rápidamente, depositando en las playas gruesas costras de sal, que luego se convierten en rocas.

Anúnciase, pues, la desecación del antiguo mar bíblico y su transformación en un desierto de asfalto . . .

Y vaya usted luego á convencer á las generaciones sucesivas de que á semejante mar le llamábamos ya *Muerto* . . . antes de morir.

Lotería del beso

Un grupo de jóvenes neoyorkinas han inaugurado un juego original, que titulan la lotería del beso.

Por cinco bolígrafos, ni un céntimo menos, el afortunado que sale premiado en un sorteo tiene el derecho de dar un beso á una de aquellas jóvenes innovadoras.

Los billetes alcanzan primas considerables, y eso que hasta el día del sorteo no se conocen los «lotes» que han de recibir el dulce sello del afortunado jugador.

Lluvia roja

Una lluvia roja ha caído sobre Swansea y otras localidades del país de Gales.

El color era tan vivo que toda la comarca parecía bañada por luz sanguinolenta.

Analizada el agua, se vió que contiene un polvo fino, idéntico al recogido en la reciente erupción de la Martinica.

Se considera probable que aquel polvo volcánico, arrastrado por las corrientes aéreas hasta las costas del país de Gales, penetrara en los vapores de las altas regiones atmosféricas.

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
á la vez

Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc).

SE VENDE

F. COMAR & FILS
PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

619

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exijan el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** más recientes y antiguas **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EXIJA EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTI-EMATICO DEL DR. GUILLIE

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebres Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe o Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombricias y todas las enfermedades ocasionadas por la Biliis y las Fiebras.

Rehúese todo antiférmico que no lleve la Firma Paul GAGE

Depósito General, Dr Paul GAGE Hijo, F^o de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

Los catarros y los microbios de la boca

Estamos en la época del año en que es más fácil coger un constipado, un catarro ó una pulmonía. Nos quejamos de ello, pero olvidamos que la causa principal de estas enfermedades es la falta de cuidado.

Según las actuales teorías de la Medicina, todos estos males son debidos á gérmenes, á micro-organismos que existen en nuestra boca. Hace unos veinte años, se descubrió que estos gérmenes viven con nosotros constantemente, aun cuando gozamos de perfecta salud; pero ordinariamente no encuentran las circunstancias favorables para su crecimiento y desarrollo, y por lo mismo no pueden multiplicarse hasta donde sería necesario para producir las enfermedades.

La razón por qué éstas son mucho más frecuentes en invierno que en las otras estaciones, es que el frío disminuye mucho la

vitalidad y hace al cuerpo humano menos resistente á la acción de los agentes externos. Además, se ha observado que en la boca crecen, además de los microbios dañinos, otros que contrarrestan los efectos de éstos; esta especie de «microbios benéficos» muere cuando llega el tiempo húmedo, mientras los gérmenes de la pulmonía crecen y se hacen más activos á la temperatura que para aquellos es fatal.

La pulmonía ataca invariablemente á las personas cuya vitalidad ha disminuido por cualquier motivo, por exceso de trabajo, por demasiado cansancio ó por una pena excesiva; que ya de antiguo es sabido que la tristeza predispone á muchas enfermedades.

Algunas veces, un simple catarro puede convertirse en pulmonía si no se le atiende debidamente.

De ordinario, la pulmonía no es en sí misma mortal más que para los niños y los viejos.

Cuando es peligrosa, es cuando se complica con alguna enfermedad del corazón ó de los riñones. Si estos órganos están sanos cuando se coge la pulmonía, el enfermo puede tener la seguridad de curar, á menos que, animado por esta misma esperanza, deje de cuidarse y esté levantado cuando debiera estar en cama.

El baile en Berlín

Una moda muy extraña empieza á propagarse entre la alta sociedad de Berlín.

Las damas procuran imitar á miss Duncan, la famosa bailarina americana, y comienzan ya á bailar como ella con los pies desnudos.

Muchas de ellas han concebido, además, la idea de reunir los capitales necesarios para construir un teatro al estilo de la época de Pericles, que se consagre únicamente al nuevo género del arte de Terpsícore.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICIS el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito y millones de testimonios certificar la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PATE ÉPILATOIRE DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris